



Joaquín Calvo-Sotelo

La herencia

(Comedia en tres actos, el último dividido en dos cuadros)

Teatro social

PERSONAJES

LAURA.
PRINCESA.
ROSITA.
ÁNGELA.
ANÍBAL.
LUIS.
ÁLVARO.
RAMÓN.

Acto I

La escena representa la sala de estar del piso en que vive LAURA ROMERO, viuda de PONCE, en compañía de su hermano ANÍBAL y de su hijo LUIS. LAURA PONCE estuvo casada con un marino y la habitación en que transcurre esta comedia, ha sido casi íntegramente dedicada a su memoria. LUIS PONCE, padre, en los comienzos de la guerra civil española, a bordo del buque que mandaba, un pequeño cañonero, el «Júcar», después de un breve juicio sumario que se le formó acusado

de rebelión contra la República. La sala es una especie de Museo Naval, en la que, maquetas de barcos, fotografías, vitrinas con cruces y condecoraciones, recuerdan al muerto glorioso. Hay también varias fotografías suyas en distintos momentos de su vida, y una, muy ostensible, en primer término, cercana a la puerta de la izquierda. LUIS PONCE debió ser un hombre gallardo y atrayente. En la fotografía a que aludimos, aparenta algo menos de cuarenta años. A la izquierda, en primer término, hay un balcón practicable. En segundo término, una puerta que da a las habitaciones interiores. En el foro derecha, otra que lleva a la calle. La sala no es lujosa pero tiene carácter, atmósfera. Los muebles, no son de serie. Se ve que han sido buscados y ordenados por una mano sensible. En primer término izquierda, una mesita improvisada para el desayuno de ANÍBAL y LUIS. A la derecha, dos butacas y una silla dispuestas en torno a una mesita baja. En el lienzo de la derecha, sobre otra mesita pequeña, junto a un retrato del héroe, el teléfono. Naturalmente, los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor. La acción comienza en las primeras horas de la mañana de un domingo de primavera de 1957. El balcón está abierto.

Al levantarse el telón están en escena don ANÍBAL y su sobrino LUIS. Don ANÍBAL es un hombre de sesenta años, pero mucho más cerca de la juventud que de la vejez. La comedia no nos dará lugar para que lo comprobemos, pero todos los espectadores creerán a don ANÍBAL, pese a su edad, sensible visiblemente a las bellezas femeninas que alegran las calles madrileñas y aún capaz de un soterrado piropo. Don ANÍBAL, está un poco de vuelta de todo y es un espectador, sin codicia, del universo mundo. Perdió muchas ilusiones, y eso le hizo escéptico; pero sin malignidad, ni siquiera con amargura. A veces resulta un tanto melancólico; a veces, inclusive, un poco cínico, pero siempre es bondadoso. LUIS es un muchacho de veinticinco a veintisiete años, hijo de su hermana LAURA, con la que don ANÍBAL vive desde que, al enviudar ella, soltero él siempre, decidió reunirse. LUIS tiene todas las características físicas naturales de su edad: la fuerza y la salud. Y ambición, en grado superior a lo que suele ser costumbre... No entiende muy bien, ni encaja con demasiado ajuste en el medio en que vive. Su disparidad la acusa, en ocasiones, con abierta rebeldía; en ocasiones, irónicamente. LUIS es un hombre al que se le advierte, desde el primer momento, que sabe a dónde va y por qué caminos. Confía en sí mismo, se sabe diferente de sus padres, de su mentalidad, de sus ambiciones. No siempre es tierno al subrayar esas diferencias, ni comprensivo; se lo impide su orgullo su convicción de pisar fuerte por donde anda, de creer que está en condiciones de ejercer una paradójica tutoría sobre su madre y su tío, como si fuesen menores de edad. LUIS acaso, no atrae mucho a quienes le rodean: amigos, compañeros, pero los deslumbra. No siempre inspira afecto, pero sí envidia. Y es curioso que en el fondo, él, que se da cuenta, lo prefiere. Ahora, al comenzar la

comedia, en una mañana alegre y soleada, LUIS termina de desayunar. Se advierte a simple vista, en el plato de su derecha, la monda de la manzana que se supone ha terminado de comer cuando comienza la acción. En este instante, bebe un jugo de frutas. ANÍBAL, el tío ANÍBAL, aparece por la izquierda. LUIS viste un buen cortado traje claro. Tío ANÍBAL lleva una bata y un pañuelo de «foulard» al cuello.

ANÍBAL.- Hola, muchacho. ¿Cómo van esos nervios?

LUIS.- ¿Cuáles?

ANÍBAL.- (Por un momento sorprendido.) Los que nos ponen nerviosos.

LUIS.- Ni sentirlos.

ANÍBAL.- ¿Crees que no soy observador, insensato? Te demostraré que te equivocas. (Le examina.) Primero: en el labio inferior te has dado un corte con la cuchilla de afeitarte, lo que significa que no andabas muy firme con la máquina.

LUIS.- Bien; segundo.

ANÍBAL.- Tienes la cara cansada, señal de haberte desvelado.

LUIS.- Tercero.

ANÍBAL.- El vaso está completamente vacío, como de quien bebió sin dejar una gota, consumido por la impaciencia.

LUIS.- Cuarto.

ANÍBAL.- La piel de la manzana no te ha salido de una vez, en una emisión de voz, como los diptongos, sino a borbotones; señal de que te temblaban los dedos un poquito.

LUIS.- Se ve que eres un asiduo lector de Simenón, tío Aníbal. ¿Qué puede hacerse contra una técnica como la tuya? Me rindo. Estoy nervioso, sí, te lo confieso.

(LUIS se levanta. ANÍBAL se sitúa a la derecha.)

ANÍBAL.- Y es natural, Luis. ¿Y cómo no ibas a estarlo? La «Iberia», te entregará hoy por la mañana a Princesa, a tu adorada Princesa, la prometida de tu corazón, recién importada de Estados Unidos. Si no estuvieses nervioso, serías un anormal.

LUIS.- Hombre, tío Aníbal, normal sí lo soy, qué caramba.

ANÍBAL.- Te advierto, que ser normal es más difícil de lo que se cree, y valga la paradoja. Mi abuelo Aníbal, por quien yo llevo el mismo nombre, que aún no se lo he perdonado, dicho sea de paso, rezaba a diario una oración que valía por otras muchas: «Gracias, Señor, que me has hecho normal».

LUIS.- Tiene mucha miga esa oración.

ANÍBAL.- Yo creo que la rezaba, entre otras cosas, para que lo oyese su mujer, que era el primer premio de anormales del barrio de Salamanca.

LUIS.- ¿Sí...?

ANÍBAL.- ¡Uff! Pero no sé por qué nos hemos puesto a hablar de los abuelitos, tan a trasmano. Princesa se llama el tema del día.

LUIS.- Más que eso, tío Aníbal; el de mi vida entera.

ANÍBAL.- La mujer de uno; ahí es nada...

LUIS.- Y tú, solterón empedernido, ¿qué sabes de eso?

ANÍBAL.- Cierta vez que me dije a mí mismo: «Esa podría ser la mujer de uno», resultó que era ya la mujer de otro. (Transición.)

En fin, me alegra, Luis, lo del corte en la cara, lo de las ojeras, lo de la manzana... Demuestra que estás enamorado.

LUIS.- ¿Es que lo dudabas?

ANÍBAL.- Desde luego, los signos externos -te hablo así porque ayer tuve en el Banco a los inspectores de la Renta- (Toca madera.) me preocupaban un poco.

LUIS.- ¡Ah! ¿Sí?

ANÍBAL.- No respondes a la idea clásica del hombre enamorado. Tu silencio, tu dominio de ti mismo, tu frialdad...

(LUIS se levanta.)

LUIS.- El amor, me parece a mí, se ha hecho más recatado, más pudoroso que antes. Yo creo que los socios de la Peña habláis de la mujer mucho más que los del Club Santiago.

ANÍBAL.- Es posible. (Coge un cigarrillo.)

LUIS.- Por eso te extraña este enamoramiento mío. Según tú, los jóvenes de hoy no nos enamoramos; el amor es un privilegio de vuestro tiempo...

ANÍBAL.- Os diré cuál es la diferencia: vosotros lo señoreáis, nosotros lo servíamos.

LUIS.- Tenemos menos horas libres que dedicarle, eso es todo. (Va al teléfono y marca un número.) Parte de vuestra juventud se os ha ido esperando a que se moviera el visillo de una ventana. Ninguno de nosotros somos capaces de perder diez minutos en eso.

ANÍBAL.- ¿Es perderlo de verdad? Me lo he preguntado muy a menudo.

LUIS.- Vaya, comunica Barajas. (Transición.) Pues sí, tío Aníbal, enamorado. ¡Qué misterio! Entrar, hace ocho meses, a las tres de la tarde, en el «Town Hall» (Pronúnciese «taunjol».) de San Francisco, con los cinco sentidos en orden y salir a las tres y media, como drogado por la voz y la mirada y la risa de cierta personita que nos sirvió de intérprete...

ANÍBAL.- Esta es casi tu primera confidencia, Luis. Me felicito.

(Se levanta.) Y ya estás en la vena... ¿Nunca, ni la distancia, ni el tiempo, te han hecho sentir disminuidos los efectos de esa droga?

LUIS.- Al revés. Se diría que es de espoleta retardada. Hoy me domina más fuertemente que en agosto, tío Aníbal. Y desde entonces, cada día vivido al lado de la Princesa, primero en San Francisco, y en Nueva York, y en París, por último, me ha hecho alegrarme de aquel segundo milagroso en que la conocí, y que me bastó para enamorarme de ella.

ANÍBAL.- Dime, Luis, ¿has tenido muchas experiencias amorosas... totales?

LUIS.- Las necesarias para mi reválida de hombre. Antes de conocer

a Princesa.

ANÍBAL.- (Con ambigüedad.) Decididamente, las cosas han cambiado mucho.

(ÁNGELA es una muchacha al servicio de la familia Ponce. Aparece por la izquierda con un servicio de café.)

ÁNGELA.- Su desayuno, señor. (Y se lo sirve en la mesita que ocupa LUIS.) Y esta carta.

ANÍBAL.- (La abre mientras se sienta en la mesa.) De Augusto Piña.

LUIS.- Maravilloso sujeto.

ANÍBAL.- ¡Hombre! Maravilloso, ¿por qué?

LUIS.- Porque tiene mi edad y se ha hecho rico. Te diré en confianza que el dinero me deslumbra.

ANÍBAL.- Tu boda con Princesa, te honra muchísimo, pero no lo demuestra.

LUIS.- Soy lo suficientemente experto para saber que un matrimonio por interés es siempre un negocio ruinoso. ¿Y qué quiere Augusto Piña?

ANÍBAL.- Más dinero, si no me equivoco. Y que yo le apoye, como apoderado del Banco, para conseguirlo. (ANÍBAL lee.) «Puesto que nos tienen prestados doce millones es natural que nos presten otros cinco». Es curioso; en mis tiempos, el mejor argumento para solicitar ayuda de los Bancos, era no deberles nada. Ahora; al contrario, es deberles mucho.

LUIS.- Quizá, sí.

ANÍBAL.- Nosotros fuimos la generación de los créditos. Vosotros sois la de los débitos.

LUIS.- Es posible.

ANÍBAL.- Vosotros, la generación de la fruta. (Señala despectivamente la que aún queda en el plato.) Yo, la del café. No sé qué gusto le sacáis a esa manera de empezar el día. (Se guarda la carta.)

LUIS.- ¿Te parece mal, tío?

ANÍBAL.- Yo soy tolerante, Luis. La tolerancia es al espíritu como las grasas al cuerpo; un producto de los años. Yo no tengo nada contra la fruta ni contra casi nada. Empieza a darme miedo esa especie de marea creciente que me va llenando de comprensión para todo. ¿Qué me reserva la vida? ¿Amaré los deportes? ¿Diré que es un día de gloria para España si metemos tres goles a Portugal? ¿Saldré a la calle sin sombrero?

LUIS.- ¡Ah, quién sabe!

ANÍBAL.- ¿Desayunaré con fruta?

LUIS.- ¿Y por qué no?

ANÍBAL.- Hoy ya lo sé, es un día muy mal elegido para esta filosofía de calendario. ¿A qué hora llega Princesa al aeropuerto?

LUIS.- A las doce.

ANÍBAL.- Princesa...Y el caso es que nunca te he preguntado por qué

siendo su nombre Clara María la llamas así.

LUIS.- Es fácil de adivinar. Por su porte, por una cierta dignidad llena de gracia que la distingue, porque se diría que ha nacido para llevar siempre ramos de flores en las manos y acariciar niños pequeños y, recibir memoriales y abrir Parlamentos...

ANÍBAL.- Sólo el amor o la burla desfiguran los nombres. No hay duda: estás enamorado.

LUIS.- (Por la derecha.) ¿Puedo recoger?

ANÍBAL.- Sí, Ángela, recoja usted. (ÁNGELA se apresta a llevarse el frutero, los platos y el café de tío ANÍBAL; el desayuno, en suma, de dos generaciones.) La señora, ¿no volvió aún de su misa?

LUIS.- Todavía no.

ANÍBAL.- Y oye, ¿cómo vais al aeropuerto?

LUIS.- Álvaro nos deja el coche.

ANÍBAL.- Tu otro yo.

(Mutis de ÁNGELA por la derecha.)

LUIS.- Pobre Álvaro...

ANÍBAL.- Y misterioso...

LUIS.- No, sencillo. Transparente como el agua.

ANÍBAL.- Siempre enfrascado en sus libros.

LUIS.- Pero más dichoso, tío Aníbal, que ninguno de mis amigos. Y leal a prueba de bomba.

ANÍBAL.- Y con Trini, ¿qué le sucede? ¿Se casan? ¿No se casan?

LUIS.- Cualquiera lo sabe.

ANÍBAL.- No creas que no tiene preocupado a su padre.

(ANÍBAL se levanta, pasa a la izquierda y coge un pitillo de la mesilla. LUIS se pone de pie.)

LUIS.- Sí, el almirante hubiera preferido verle con hijos y, sobre todo, marino. Marino... La misma obsesión de mamá. Sólo que mamá acabó saliéndose con la suya.

ANÍBAL.- Es que tu madre tiene muchas más dotes de mando que el almirante. Gracias a eso... eres lo que eres. Y por cierto, ¿qué eres ya? Porque con los grados de la Marina, como no se rigen por el sistema métrico decimal, nunca sé bien...

LUIS.- (Se ríe.) Por el sistema métrico decimal, como tú dices, capitán. En realidad, teniente de navío. Y no me lo recuerdes.

ANÍBAL.- ¿Te aburre el Ministerio?

LUIS.- Peor: me aburre estar embarcado.

ANÍBAL.- Calla, calla.

LUIS.- ¡Ay!... Por esas dotes de mando de mi madre, no es ya Princesa mi mujer. Cuánto mejor hubiera sido evitar este apeadero...

ANÍBAL.- ¡Bah, no seas impaciente! Nunca me parecerá a mí que estáis casados de verdad si lo hacéis por poderes. ¿Y qué se contesta a eso? Una boda sin los dos novios cogidos de la mano y su

poco de música, a tu madre le parecería un lío.

LUIS.- Óyeme, tío Aníbal, de joven, ¿era muy distinta?

ANÍBAL.- ¿Es que es vieja tu madre? Veinte primaveras tenía cuando naciste tú, y tú andas por los veintiséis. ¿No es así? Suma, que es ¿Es eso ser vieja?

LUIS.- No me eches un rapapolvo, hombre; ya sé que no es vieja... pero sí que ha dejado de ser joven.

ANÍBAL.- Por tu madre, Luis, ha pasado una cosa terrible: la guerra. (Se sienta a la derecha.)

LUIS.- ¿Cómo era mamá... antes?

ANÍBAL.- Ha pasado, sobre todo, algo peor; la muerte de tu padre. Desde entonces cambió radicalmente.

LUIS.- ¡Pobre mamá! (Se sienta igualmente.)

ANÍBAL.- Todos los hijos deben la vida a su madre, claro; pero no todas las madres se la deben a sus hijos. La tuya, sí.

LUIS.- No te entiendo...

ANÍBAL.- Mira el «Júcar»... Era, realmente, un cañonero precioso... En la cámara de oficiales se reunió el consejo de guerra, presidido por el traidorzuelo de Pedro Hernán Prat, que condenó a muerte a tu padre. Y en la toldilla le ejecutaron una hora después.

LUIS.- ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Crees que no lo sé?

ANÍBAL.- Algo ignoras, querido sobrino, pero nada hay de malo en que lo sepas y voy a contártelo. A Laura, alguien le había asegurado que tu padre estaba escondido en una Embajada, y yo no me atreví a desengañarla. El caso es que el 30 de marzo entró conmigo en Madrid, aferrada a esa idea, a esperarle, como si los muertos resucitasen.

No fue tu padre quien llegó, por desgracia, sino Muñiz, un contraamaestre, testigo presencial de la ejecución, que la contó, llorando como un chiquillo, porque le adoraba. Cuando Laura comprendió lo que había sucedido, tuvo un momento de desesperación: quiso tirarse a la calle. ¿Sabías eso? ¿Verdad que no? Yo la vi abrir ese balcón y presentí algo horrible. Pero un segundo antes, tú, inconscientemente, la habías llamado. Tu voz fue más rápida que mi socorro. Y la detuvo.

LUIS.- Mi voz...

ANÍBAL.- Sí, «Mamá» dijiste tan sólo. Lo bastante para recordarle que tú sí existías y que ella estaba en la obligación de ayudarte, de defenderte. Por eso digo que tu madre te debe la vida.

LUIS.- ¡Pobre mamá!

ANÍBAL.- Tú no pudiste darte cuenta. Eras muy niño entonces...

LUIS.- Sí...

ANÍBAL.- De todas las cosas que han pasado sobre Laura, la muerte de su marido es la más grave, naturalmente. La trastornó por completo, la cambió de arriba abajo. La hizo dura, casi fanática. Tuvo que luchar por defender la memoria de tu padre del olvido... y aun de la ingratitud, por arreglar vuestros asuntos tan enredados, por darte a ti una educación... Yo la ayudé en la medida de mis fuerzas. Pero tu madre fue quien, sin un momento de desmayo y sin una lágrima -yo no la he visto llorar nunca-, lo sacó adelante todo. Del Ayuntamiento, la calle de los Héroes del Júcar, que perpetuase

la memoria de su marido; de la Campsa, la administración del surtidor; las becas para ti del Ministerio de Marina, y hasta los escasos muebles que faltaron, del piso de no sé qué jerifalte rojo, donde se los habían llevado. Luis, ten el orgullo de saber que eres hijo de una pareja excepcional. De un padre que supo morir heroicamente y de una madre que ha sabido vivir, heroicamente también... veinte años.

ÁNGELA.- (Por la derecha.) El señorito Álvaro.

LUIS.- ¡Ah, me alegro!

(Mutis de ÁNGELA. ÁLVARO es un muchacho de la edad de LUIS; pero encogido y tímido. Lleva gafas.)

ÁLVARO.- Hola, Luis. Buenos días, don Aníbal.

(ANÍBAL y LUIS se ponen de pie.)

LUIS.- Ya temía que te olvidases...:

ANÍBAL.- ¿Qué hay, muchacho?

LUIS.- Ya temía que te olvidases...

ÁLVARO.- ¿Cómo se te ocurre, tratándose de algo tuyo?

LUIS.- ¿Traes el coche?

ÁLVARO.- Sí, está abajo. Pero hay tiempo de sobra, ¿no?

ANÍBAL.- Sí, hombre, claro está.

ÁLVARO.- Tuve que hacer algunas cosas antes.

ANÍBAL.- (Sorprendido.) ¿A qué hora?

ÁLVARO.- A las ocho...

ANÍBAL.- ¿Y no es peligroso andar por esas calles tan temprano? ¿No se encuentran osos?

ÁLVARO.- (Se ríe casi infantilmente.) No, don Aníbal...

(Siguiéndole la broma.) Eso sólo en invierno, los días muy crudos... Pero cuando llega la primavera...

ANÍBAL.- Perdóname, aunque sea indiscreto. ¿A dónde demonios has ido tú a las ocho de la mañana?

LUIS.- Casi me atrevo a contestarte por él. Ha ido a comulgar.

ÁLVARO.- Sí.

LUIS.- Y al Puente de Vallecas.

ÁLVARO.- (Tras un segundo de vacilación.) Sí.

ANÍBAL.- Es la kermesse ahora. (Instantáneamente se tapa la boca escandalizado de su propio error.) Calla, hombre..., Alvarito, perdóname, muchacho.

ÁLVARO.- (Casi divertido.) De nada, don Aníbal.

ANÍBAL.- ¿Y vas... todos los días?

ÁLVARO.- No, pero de vez en cuando. Hay tanta miseria allí...

ANÍBAL.- Admiro a los que hacen lo que yo no fui capaz de hacer nunca.

ÁLVARO.- Bueno, Luis, repito, el coche está en la puerta; te lo llevas el tiempo que necesites. Mis padres quieren saludar a Princesa apenas llegue. O sea, que avisa para que bajemos.

LUIS.- El almirante será nuestro padrino de boda y tiene que dar su aprobación previamente. No sea que no la encuentre de su gusto...

ÁLVARO.- Con que la encuentres tú...

ANÍBAL.- Nunca creí que Luis fuese a ganarte la delantera en eso del matrimonio. Sólo te queda la recta final para sacarle ventaja.

ÁLVARO.- Ah, no... imposible ya.

ANÍBAL.- ¿Por qué? (Silencio de ÁLVARO.) ¿Hay alguna novedad, Álvaro?

ÁLVARO.- Pues... sí.

LUIS.- ¿Qué te pasa?

ÁLVARO.- Hemos terminado Trini y yo.

LUIS.- ¡No me digas!

ÁLVARO.- Más bien, Trini ha terminado conmigo.

ANÍBAL.- ¿Y por qué?

ÁLVARO.- Toda la razón está de su parte. No tengo derecho a tanta indecisión, a tantas dilaciones.

LUIS.- Chico, lo siento. Trini es una buena muchacha. Y te quiere.

ÁLVARO.- Y yo a ella.

ANÍBAL.- ¡Bah! aún os reconciliaréis.

ÁLVARO.- Es muy poco probable. Bueno, y me voy. Aquí tienes las llaves, Luis, ¡ah! y cuidado con el cambio; la segunda no entra muy fácilmente; fuérzala un poco.

LUIS.- Muchas gracias, Álvaro.

ANÍBAL.- Adiós, muchacho.

ÁLVARO.- Adiós, don Aníbal.

(Salen LUIS y ÁLVARO. ANÍBAL, que acaso les hubiese acompañado, se detiene un instante al oír sonar el teléfono.)

ANÍBAL.- ¿Quién es? ¡Ah! Rosita... Sí, tu hijo sube en este momento. ¿Quieres algo para él? Bueno, bueno... No, la novia no ha llegado todavía. Sí, ya sé que hay gran expectación entre los vecinos. Todos estamos nerviosísimos menos Luis (LUIS regresa.) , que hace gala de una impasibilidad repugnante. Sí, sí, hoy cenamos juntos. Hasta luego. (Y cuelga.)

LUIS.- Ya está mamá. (Apagando el pitillo.)

LAURA.- (Desde dentro.) Ángela, me parece que se descuida usted más de lo debido.

LUIS.- Y tú arréglate, tío Aníbal, que se hace tarde.

ANÍBAL.- Hay tiempo de sobra. Ponerme la chaqueta únicamente.

(Mutis izquierda. Y LAURA entra, en efecto, como anunció su hijo. Es una mujer marchita ya, pero bella todavía. Tiene el pelo gris y un porte elegante y altivo. Sufrió un instante en su vida mucho; tanto, que todavía no dejó de sufrir. Aún hoy, después del tiempo pasado, sufre de aquel segundo, de aquel eterno segundo inolvidable. Quiere a LUIS con una ternura un poco dramática y no tanto por él como por lo que ve en él de quien fue su marido, como si día a día se fuese

repetiendo en el hijo el padre a quien ella amó apasionadamente. Ahora, viste un sencillo traje de mañana y trae un velo y un devocionario.)

LAURA.- (A ÁNGELA, mientras le enseña la punta del pañuelo.)
Mire, este polvo del casco del Cervera.

LUIS.- Si es que el Cervera tiene que entrar a limpiar fondos, mamá...

ÁNGELA.- Siempre le paso un paño, señora.

LAURA.- Calle, calle... (LAURA se quita el velo y se lo da a

ÁNGELA.) Están en la luna... (Transición.) Y vosotros, herejes, ¿es que no habéis ido a misa?

LUIS.- No, todavía no.

LAURA.- Pero supongo que os habréis dado cuenta de que es domingo.

LUIS.- ¿Crees necesario decirme qué día es hoy?

LAURA.- No, a ti ya sé que no; pero a Aníbal, tal vez le convenga saberlo.

(Mutis de ÁNGELA por la izquierda con el velo y el bolso que le dio LAURA. Sale ANÍBAL de chaqueta.)

ANÍBAL.- En el supuesto de que me hubiese olvidado, me quedarían siempre las misas de la tarde. La verdad es que con las facilidades que le dan a uno, el que no cumple con la Iglesia es porque no quiere.

LAURA.- Bueno, pues esto sí que es ser más papista que el Papa; pero a mí, esas misas; me parece que no valen lo que las de la mañana.

(Sale ÁNGELA, izquierda, con un clavel que le da a ANÍBAL. Este se lo coloca en la solapa.)

ANÍBAL.- Tú acabarás haciéndote una religión a tu medida, como los zapatos. Con una prohibición de aquí, que te impones porque te apetece, y una licencia de allá, que te tomas porque te conviene...

LAURA.- La misa, ya sé que es la misma; pero el espíritu no; no es igual, de mañanita recién levantados, que a media tarde.

ANÍBAL.- Según tú cuando tengamos que dar cuentas de nuestros actos el otro mundo, no sólo nos preguntarán si hemos cumplido con el precepto, sino a qué hora. (ANÍBAL se sienta en la derecha y ojea un periódico.)

LUIS.- Bueno, mamá, te advierto que son casi las once, que de aquí a Barajas hay sus buenos treinta minutos y que no nos conviene perder mucho. Tú, tal vez, pensarás en cambiarte.

LAURA.- No... No había pensado.

LUIS.- Escúchame. Te voy a confesar una ilusión que tengo.

LAURA.- ¿A qué te refieres?

LUIS.- Como es natural, yo he hablado a Princesa muchísimo de ti.

¿Te extraña?

LAURA.- No, en absoluto.

LUIS.- Le he dicho siempre que eres guapísima, en lo que no mentía nada, y que te preocupabas hasta de los menores detalles de tus trajes, en la cual ya no decía tan exactamente la verdad.

LAURA.- Mira, mira, qué crítico me ha salido Luis.

LUIS.- Y me darías una alegría enorme si...

LAURA.- (Con una cierta tristeza.) Cuéntale, Aníbal, a tú sobrino quién era de joven Laurita Romero.

ANÍBAL.- (Gravemente.) Fue sí, querido Luis, acaso una de las mujeres más elegantes del Madrid de entonces. Y te lo aseguro yo, que he sabido mucho de eso.

LAURA.- Gracias, Aníbal, por tu ayuda, aunque ya sé que no es a tu hermana a la que defiendes, sino a tu época.

(LAURA se sienta junto a su hermano.)

LUIS.- ¿Defenderte...? (Con mimo, mientras se acerca a ella y la acaricia.) Como si tú necesitases que te defendiese alguien, ni aún tu hermano, estando yo delante. Vamos, vamos, mamá... Si yo soy el primer convencido.

LAURA.- Pero mi vanidad tenía una razón de ser: gustar a tu padre. Cuando murió, se acabó todo. Si Eva fue siempre coqueta es porque nació después de Adán. Si hubiese nacido antes, lo habría sido bastante menos.

(LAURA se levanta y pasa a la izquierda.)

LUIS.- Bien, pues ahora se trata de que vuelvas a serlo un poco, ya que no por el pobre papá, sí por tu hijo.

LAURA.- ¿Crees que será la primera vez que intento presumir por ti...? Ay, Luis... A los rectores de los colegios les gustan tanto las mujeres elegantes... (Tristemente.) Yo no me hubiera quitado el luto nunca, nunca.

ANÍBAL.- Muchas cosas... produce nuestro país que son magníficas, pero ninguna como las viudas.

LAURA.- En la India se arrojan a la hoguera.

ANÍBAL.- Aquí os vais quemando poco a poco. Es más difícil... y más meritorio.

LAURA.- En la hoguera...

(LAURA va al balcón, lo cierra. Pausa.)

LUIS.- ¿Qué pasa, mamá?

LAURA.- Nada, hijo, nada. Bueno, quieres que me ponga de punta en blanco, ¿no es así?

LUIS.- Poco menos.

LAURA.- Lo intentaré. Grandullón... Me llevas la cabeza.

LUIS.- Uno ochenta y tres, mamá.

LAURA.- No presumas: uno ochenta y cinco medía tu padre.

ANÍBAL.- Una cosa es Luis Ponce y otra, San Luis Ponce...

LAURA.- No me gustan esas bromas, Aníbal. ¿

LUIS.- En qué piensas, mamá?

LAURA.- En lo que te reserva la vida.

LUIS.- Lo mejor: casarme con una mujer que adoro. (Transición.) Ya sé que tú nunca has visto esta boda con muy buenos ojos... Una muchacha que ha vivido siempre en California, aunque tenga nombre y sangre españoles y hable tan bien como tú y cómo yo... ¡Ah! y que se gana la vida trabajando... Todo eso es muy alarmante, ¿verdad, adorable y anticuada madre mía?

LAURA.- Calla, Luis, no digas eso.

LUIS.- Sé sincera.

LAURA.- No, es que yo no la conozco, eso es todo. Para mí, puesto que la has elegido tú, es la perfección misma. Pero la verdad es que, sin ir tan lejos, hubieras podido buscar, aquí, alrededor; nuestro una muchachita de la que enamorarte.

(Se sienta junto a ANÍBAL.)

ANÍBAL.- Tú, crees que una novia, que no pertenece al distrito de Palacio, es ya un peligro. Si no querías exponer a Luis a ese riesgo, haberte opuesto a que se marchase a Estados Unidos con aquella Delegación famosa. Veintiséis años, guapito y libre y varios meses fuera del hogar era fatal que volviese con una novia. Y menos mal que no ha vuelto con una querida.

LAURA.- Con una querida habrías vuelto tú, que :bien descarada era la que te trajiste de Palma, que está mucho más cerca. De lo que no os dais cuenta vosotros, los hombres del casino y de las queridas, es de que estos muchachos de hoy son más limpios de lo que fuisteis vosotros.

LUIS.- Escúchame, mamá; cuando conocí a Princesa no estabas tú, y por eso tuve que decidirme yo. Si tú la hubieras visto, la habrías elegido del mismo modo. Puedes estar segura. Y ahora, mamá, anda, arréglate. Yo, entretanto, voy a telefonar a Barajas.

LAURA.- Tardo un minuto.

(Y hace mutis por la izquierda. LUIS se dirige al teléfono y marca un número, el ya muy sabido para él de Barajas.)

LUIS.- Óigame, ¿Barajas? Sí, póngame con información, haga el favor... ¿Qué hora tienes tú, tío?

ANÍBAL.- Las once menos cuarto.

LUIS.- ¿Es información? El avión que viene de Nueva York, ¿sabe usted si trae algún retraso? Sí, sí, el de la «Iberia».

(Estupefacto. Anonadado.) No... ¿Es posible?

ANÍBAL.- ¿Qué te pasa, muchacho?

LUIS.- Pero, ¿está usted seguro? (Tapa el auricular.) ¡Mamá!

ANÍBAL.- (Desde la izquierda.) ¡Laura!

ÁNGELA.- (Por la derecha.) ¿Sucede algo?

LAURA.- (Por la izquierda.) ¿Qué ha ocurrido?

ANÍBAL.- ¿Qué pasa, hombre, que estamos con el alma en un hilo?

(Se pone de pie.)

LUIS.- ¿Y los viajeros...? ¿Puede vocear por si acaso?

LAURA.- ¿Qué sucede?

LUIS.- (A su madre y a ANÍBAL.) El avión ha llegado, hace más de una hora. Diga señorita de Font... Espere..., diga simplemente, Princesa.

(ÁNGELA hace mutis por la derecha.)

ANÍBAL.- Que la busquen en la Aduana, que es donde los vientos de cola se convierten en vientos de cara.

LUIS.- Llámenla, sí, les suplico... Pobre, se habrá encontrado sola al llegar... Si aún no hubiera salido..., si estuviera esperándonos... Tal vez lo mejor es que salgamos a buscarla. Que salga yo mismo... ¿Cómo dice, señorita? Princesa Font..., no puede fallar, joven..., guapísima..., elegantísima... Le suplico. (Y PRINCESA, que se ajusta fielmente a la descripción que de ella ha hecho LUIS, surge por la lateral derecha, con un abrigo de viaje, sencilla y atractiva a la vez. Una novia ideal, como las que anuncian en las revistas americanas los cigarrillos de Virginia o hacen propaganda de la paz del hogar con un aparato de televisión nuevo modelo. PRINCESA escucha sonriente y conmovida, las últimas palabras de LUIS. LUIS ahora cambia su expresión y, como en éxtasis, cuelga el teléfono dejando, se supone, a la telefonista con la palabra en la boca.) No... Princesa.

(Y va hacia ella y la abraza, tiernamente, con un cierto pudor de hacerlo delante de su madre, pero con una profunda emoción.)

PRINCESA.- Luis...

(Pausa.)

LUIS.- Mamá...

LAURA.- Bienvenida a esta casa, hija mía. (Y la besa sinceramente en las mejillas.)

PRINCESA.- (Con un imperceptible deje exploratorio.) ¿Tío Aníbal?

ANÍBAL.- El mismo, Princesa... Pero, ¿cómo ha podido suceder?

PRINCESA.- No sé... De pronto, miramos hacia abajo... y Madrid.

ANÍBAL.- Viento de cola.

PRINCESA.- Sí, eso fue.

LUIS.- ¿Y cuando viste que no estaba esperándote?

PRINCESA.- No me extrañó nada... Supuse que no sabías que llegaba antes de la hora.

LUIS.- ¿No temiste que pudiera haberte abandonado, que al final de tu viaje te encontrases con que estaba casado, con hijos y que todo había sido una burla...?

PRINCESA.- ¿Casado? (Un momento se queda en silencio. Después prorrumpe en una risa súbita, breve, pero encantadora. Ya, sería.) No... No, no lo temí en ningún momento.

(Se miran por un instante, diríase que se creen solos, aislados del resto del mundo.)

LAURA.- ¿Te mareaste?

PRINCESA.- No..., en absoluto.

LUIS.- ¿Querrás tomar algo? ¡Ángela!

PRINCESA.- No, no... tampoco.

LUIS.- Ah, claro que sí. ¿Qué tal dormiste?

PRINCESA.- Divinamente... en un colchón de nubes.

(Sale ÁNGELA por la derecha.)

LAURA.- Ángela, sírvale a la señorita... Oye, Luis,. ¿cómo la vamos a llamar para el servicio? ¿Princesa también?

LUIS.- Pues claro, si no tiene otro nombre que ese.

LAURA.- Bueno, pues sirva a la señorita... Bueno, a la señorita, un poco de café. ¿Quieres algo más sólido? ¿Has desayunado?

PRINCESA.- Sí, a la altura de Lisboa.

LAURA.- Jesús... Y ya estás aquí.

ANÍBAL.- Naturalmente, Laura.

LAURA.- Creo que no acabaré de acostumbrarme nunca.

PRINCESA.- De verdad, no me apetece nada... Si acaso un jerez.

LAURA.- Magnífico, ya lo oye, Ángela.

(Mutis de ÁNGELA.)

PRINCESA.- Señora: riña usted a su hijo.

LAURA.- ¿Por qué?

PRINCESA.- Nunca me dijo que fuese usted tan linda.

LAURA.- Ríñele tú por el mismo motivo. Se quedó muy corto hablando de ti.

ANÍBAL.- Felicitémonos, sobrino, de que las relaciones entre suegra y nuera se inicien bajo los mejores auspicios.

LAURA.- ¿Y por qué no? Pobre... Luis nos ha contado muchas cosas de ti... todas muy buenas, aunque algunas muy tristes.

PRINCESA.- ¡Bah! pasaron ya.

LAURA.- Tu vida es como un milagro... ¿Qué edad tenías cuando murió

tu padre?

PRINCESA.- Seis años. Creo que igual que Luis.

LUIS.- Pero a mí me quedaba mi madre... y a ti no.

PRINCESA.- (Mira a LAURA.) Sí, es una gran diferencia.

(LAURA invita a PRINCESA a que se siente, y se sienta ella misma a su lado.)

LAURA.- ¿Tu padre murió muy joven?

PRINCESA.- No tanto: acababa de cumplir los cuarenta.

ANÍBAL.- Y qué es eso de «no tanto». Pero ¿se puede tener menos de cuarenta años? Princesa, créemelo, estaba empezando a vivir.

PRINCESA.- (Se ríe.) Sí, es verdad. Me doy cuenta ahora de que, en efecto, estaba empezando a vivir... Murió en un accidente de automóvil. Debí de dormirse al volante. La noticia me la dieron en el colegio donde estaba estudiando. Tardé muy poco en comprender que me había quedado sola.

LAURA.- Jesús, a los seis años...

PRINCESA.- ¿Y sabe usted cuál fue el milagro? El Comité que dirigía el colegio me tomó bajo su protección. Y a la bondad de aquellas gentes debo yo el haber salido adelante. Así, soy el producto una especie de educación en comandita, que no sé qué resultados dará.

ANÍBAL.- Magníficos, estoy seguro; mi instinto no falla.

PRINCESA.- A usted, en cambio, Luis, le pintó tal y como es, tal y como yo creo que es.

ANÍBAL.- (Con una brusquedad divertida.) ¿Qué dijo de mí este muchacho?

PRINCESA.- Una cosa que me parece muy verdadera. «Se sentó a la puerta de su casa, a ver pasar el cadáver de su enemigo, y se volvió a meter dentro, porque se acordó de que no tenía enemigos».

ANÍBAL.- ¿Tú dijiste eso, Luis?

LUIS.- ¿Y qué pasa? ¿Es así o no?

ANÍBAL.- (Tras unos segundos de reflexión.) Es así.

PRINCESA.- Pues me alegro mucho que lo sea.

LAURA.- Pero, y este español tuyo... Si parece como si lo hubieses hablado toda la vida...

(LUIS se sienta junto a PRINCESA.)

PRINCESA.- Y lo he hablado... De hecho ha sido mi instrumento de trabajo. Clases, correspondencia, traducciones... y cuando en el Ayuntamiento de San Francisco se recibió a cierta Delegación que llegaba de Madrid..., el intérprete oficial fui yo.

ANÍBAL.- ¿Quién sabe por dónde andaríais si el alcalde de San Francisco, o los de la Delegación, hubiesen estado más fuertes en idiomas?

PRINCESA.- Ah, misterio.

LAURA.- Y ese acento, ¿de dónde te viene ese acento?

PRINCESA.- Si yo no he hablado de mi vida más que con mejicanos y sudamericanos. Si Luis es casi el primer español que he conocido.

ANÍBAL.- Bueno, y basta de divagaciones. Concretemos. Programa par hoy. Primeramente, por la tarde, visita de Madrid.

PRINCESA.- ¡Qué ilusión!

LAURA.- Tienes que llevarla a la calle de los Héros del Júcar.

LUIS.- Mamá, está tan descuidada...

PRINCESA.- ¿Qué pasa en esa calle?

LAURA.- (Seria.) Pero ¿cómo? ¿No le has dicho...?

LUIS.- Mamá..., no sé... Sí, claro que le hablado de ella... El «Júcar» era el barco en que mataron a mi padre... Ya te conté.

PRINCESA.- Ah, sí, claro.

LAURA.- ¿Y qué importa que esté descuidada? Por cierto, cuatro verdades tengo que contarle a Mayalde cuando le vea, que parece mentira que conociéndonos de chicos, no ponga por lo menos unos farolitos para ahuyentar a las parejas.

LUIS.- Bien... visita a la calle de los Héros del Júcar...

ANÍBAL.- Antes de que anochezca.

LUIS.- Mañana, Juzgado municipal, Vicaría, etc.

PRINCESA.- Conforme.

LUIS.- Hoy, por la noche, cena con la familia y con los Sanjuan. Él fue compañero de papá, es mi jefe, y será nuestro padrino. Está deseando saludarte.

PRINCESA.- Ah, encantada.

LUIS.- ¿Tú conoces a alguien en Madrid?

PRINCESA.- Sí. Tengo una amiga chilena casada con un americano: Gaby O'Connor. Estudió conmigo en la universidad. Pero ya la llamaré mañana.

LUIS.- Muy bien. Y ahora lo más importante: a fijar la fecha de la boda. ¿Cuál quieres tú?

PRINCESA.- La que tú quieras; la que quiera tu madre.

LAURA.- Eso no. Sois vosotros los que tenéis que elegirla.

LUIS.- Estamos a día uno. Tú y yo nos conocimos precisamente un día quince. ¿Quieres que el quince de abril, a las doce de la mañana, en la parroquia de Santiago...?

PRINCESA.- Quiero.

(ÁNGELA entra con una botella de jerez y unas copas por la derecha.)

ANÍBAL.- Nos habíamos olvidado del jerez.

ÁNGELA.- ¿He de bajar el equipaje del señorito?

PRINCESA.- ¿Cómo es eso? ¿Te vas?

LAURA.- Es natural, Princesa.

PRINCESA.- (En voz baja a LUIS.) Es la primera vez que me llama Princesa.

LUIS.- Le ha costado un poquito... La primera vez es la difícil.

LAURA.- Pues sí, se va a un hotel; no me ha parecido bien que vivierais bajo el mismo techo antes de la boda.

ANÍBAL.- El protocolo, en estos casos...

PRINCESA.- ¿Y dónde vas?

LUIS.- Acabo de resolverlo ahora mismo: al Eldorado. Así, cuando me despierte, podré verte desde la ventana. Si logro dormirme...

(Transición.) Ángela, avise al piso de don Ramón que ya vino la señorita.

(Mutis de ÁNGELA por la derecha.)

ANÍBAL.- (Que se preocupó de servir jerez en las copas durante este intervalo.) Ha llegado el momento del brindis.

(Cada uno coge su copa.)

LAURA.- Que seáis muy dichosos, hijos míos.

LUIS.- Gracias, mamá.

(Dejan las copas, después de beber, en una de las mesas. LAURA besa a PRINCESA, después LUIS a su madre.)

ANÍBAL.- ¿A mí nadie me besa?

LUIS.- Naturalmente que sí, tío Aníbal. (Se dispone a besarlo.)

ANÍBAL.- Tú estás disculpado, muchacho. A Princesa me refiero.

PRINCESA.- Me ha adivinado el pensamiento. (Le besa.)

LAURA.- Bueno, y ahora... (Tras un segundo de vacilación.)

¿Quieres quitarte el abrigo? Princesa, voy a enseñarte tu cuarto.

(ÁNGELA, que ha entrado oportunamente.) Realmente qué guapa eres, hija mía.

PRINCESA.- Ojo, que me azaro.

ANÍBAL.- Este trasto tiene buen gusto.

LUIS.- ¿Qué os dije? ¿Era verdad o no?

LAURA.- Ya lo creo que era verdad.

(PRINCESA queda ahora frente por frente del retrato del padre de LUIS. Se detiene y lo contempla con una tierna curiosidad.)

LUIS.- Mi padre, Princesa.

LAURA.- Mi marido.

LUIS.- ¿Cuándo se lo hizo, mamá?

PRINCESA.- Era muy guapo... Puedo decirlo sin reparo porque... no se te parece mucho.

LAURA.- Pero se parecerá... Va hacia él, quizá sin saberlo. Mira este otro, por ejemplo.

PRINCESA.- Aquí, sí.

LAURA.- Mi marido tenía en ese retrato la edad de Luis ahora.

¿Verdad que se parecen?

PRINCESA.- Sí.

LAURA.- ¡Oh, sí, muchísimo! (PRINCESA coge su bolso que dejó en la mesita de la derecha.) Claro, hay cosas que yo solamente puedo saber... Esas valen más que todo los otros parecidos, que el color de los ojos... o la forma de la nariz... La voz, por ejemplo, ¿verdad, Aníbal?

ANÍBAL.- Sí; es verdad.

LAURA.- A veces le oigo sin verle... y es como si hablase él. Y algunos gestos... (LUIS juega con un manojito de llaves entre sus manos, las mueve como si agitase unos dados antes de lanzarlos sobre la mesa.) ¿Quién te enseñó a hacer eso, Luis? Así le gustaba a mi marido oír sonar las llaves entre las manos... Un día se lo vi hacer por vez primera... ¡Qué emoción, Princesa! ¿Por qué caminos se heredan esas pequeñas costumbres, esos tics? Y sus dedos... ¿Tú sabes, Princesa, que son los mismos?... Que esos dedos cortos y esas uñas achatadas.. (Los acaricia tiernamente.) , ¿son iguales que los de mi marido? Sí, sí..., déjale que llegue a la madurez... y acaso -tú ya sé que no-, pero alguien podrá confundirlos.

LUIS.- Bueno, es lógico que nos parezcamos.

LAURA.- Por dentro ya no sé si es igual el parecido.

LUIS.- Mi madre, Princesa, no está muy de acuerdo conmigo. Aquí donde me ves, me riñe constantemente.

LAURA.- No lo creas, Princesa; te engaña... Lo que sucede es que...

LUIS.- ¿Qué? Dilo mamá, dilo...

LAURA.- No... (Se sonríe dulcemente.) A veces tu manera de entender la vida me llama la atención. Te importan tan poco ciertas cosas... En fin, por ser el día que es, me callaré mis reproches.

LUIS.- (Alegremente.) ¡Bravo! He sido indultado

LAURA.- (Siempre refugiada en sus recuerdos.) Y esos brotes de burla..., ¿eh, Aníbal? ¿Verdad que eran también muy de su padre?

ANÍBAL.- Sí.

PRINCESA.- (Abre su bolso y saca de él una fotografía enmarcada en piel.) Quiero que vea usted una fotografía del mío.

LAURA.- ¡Ah! déjamela.. ¿Cuándo está hecha?

(Suena el teléfono.)

PRINCESA.- El mismo día que cumplió los cuarenta años.

LAURA.- ¡Pobre! Realmente, qué joven... Y qué bien plantado, Princesa.

(ANÍBAL al teléfono.)

ANÍBAL.- ¿Quién es...? Ah, Rosita. Sí, ya llegó la novia. Perfecto, podéis bajar cuando queráis.

LUIS.- Bueno, basta de elogios por hoy. Prohibida la nostalgia.

(Va al teléfono y da a su tío, mientras habla con ROSITA, la foto

que le entregó PRINCESA.)

LAURA.- Escucha, Princesa, ¿te apetece un baño?

PRINCESA.- Es una idea magnífica.

ANÍBAL.- (Al teléfono.) Sí, sí.

LUIS.- ¿Y tu equipaje, Princesa?

PRINCESA.- Lo dejé en la «Iberia».

ANÍBAL.- Sí, sí.

LUIS.- Después iremos por él.

(ÁNGELA entra y se lleva la botella y los vasos. LAURA tira materialmente, con cierta alegría, como en un juego, de PRINCESA. PRINCESA apenas sí tiene tiempo de enviar a LUIS un beso con la punta de los dedos. LUIS le dice adiós desde el umbral, como si emprendiese un largo viaje.)

ANÍBAL.- Pues entonces, mejor aún, que venga, que venga el almirante que para algo es el padrino. Hasta ahora, Rosita, hasta ahora. (Cuelga.) ¡Rosita al teléfono tiene la verbosidad de un orador de masas!

LUIS.- Dame en seguida, tío Aníbal, tu opinión sobre Princesa.

ANÍBAL.- Luis, a mis brazos. (Se abrazan en efecto.) Has sabido elegir, es una muchacha encantadora.

LUIS.- Yo ya estaba seguro, pero me alegra que me lo confirmes.

ANÍBAL.- Y esto, ¿qué es?

(Porque LUIS le entregó el retrato poco antes y ANÍBAL lo tiene en la mano sin saber de qué se trata.)

LUIS.- El retrato de su padre.

ANÍBAL.- ¡Ah! bueno, eso ya me interesa mucho menos. ¿Dónde están mis gafas? (Las busca por la habitación y habla entretanto.) ¡Qué simpatía, qué sencillez la suya!... (Se interrumpe.) Y guapa, Luis, guapa de verdad... ¡Caramba con el niño, y cómo afina!... Oye, ¿y mis gafas del demonio?

LUIS.- Es que necesitas otras para buscar las que pierdes.

ANÍBAL.- Ah, aquí están... (Las coge de la mesita donde las dejó, cuando ojeaba la revista. Transición.) Y lo mejor de todo, la mirada. Una mirada limpia, Luis, que eso se da muy poco y que vale un imperio... Te confieso una cosa: se me ha quitado un peso de encima. Por mí y por Laura que está contenta como una niña. ¿Te has fijado? A la pobre le preocupaba tu elección muchísimo. Y es natural, ¡qué diantre!... Y Princesa la ha conquistado desde el primer momento. (Transición.) Veamos al autor de su días. (Se interrumpe.) Muchacho, has tenido suerte: Princesa es una joya. (Mira ahora el retrato. Durante unos segundos no dice nada, pero se advierte la impresión que le causa. Al cabo de ellos -se ha afirmado las gafas, ha buscado una luz propicia en la habitación- se le oye

decir tenuemente, como si no quisiese dar crédito a lo que ve.) No, no...

LUIS.- ¿Qué pasa?

ANÍBAL.- No, no... Santo Dios.. no es posible.

LUIS.- ¿Qué es lo que no es posible?

ANÍBAL.- Este parecido..., este inverosímil parecido.

LUIS.- ¿Con quién?

ANÍBAL.- (Desolado.) Pero, Luis...

LUIS.- ¿Con quién es el parecido? ¡Habla de una vez!

ANÍBAL.- Con Pedro Hernán Prat.

LUIS.- ¿Y quién es Hernán Prat? ,

ANÍBAL.- ¿Y tú me lo preguntas, Luis? ¿No caes en quien te digo...?

LUIS.- (Abogadamente.) ¿El que condenó a muerte a mi padre?

ANÍBAL.- El mismo, hijo mío, el mismo.

(TELÓN.)

Acto II

El mismo decorado del acto anterior. La acción continúa en el mismo punto en que se interrumpió.

LUIS.- ¿No te equivocas, tío Aníbal?

ANÍBAL.- El parecido es tan extraordinario que casi no casi no me deja lugar a dudas.

LUIS.- ¿Es que tú conocías a Hernán Prat?

ANÍBAL.- Sí; yo le había hablado algunas veces; Tu padre me lo presentó en una ocasión. La verdad es que no me gustó nunca. Había en él algo que me desagradó siempre. (Se interrumpe.) Ahora bien, ¿cómo puede ser Princesa la hija de Hernán Prat?

LUIS.- Tienes que estar equivocado, tío Aníbal.

ANÍBAL.- Escúchame, Luis. Te consta que yo he pretendido siempre entenderte, usar tu mismo lenguaje. Explícame: ¿Qué sabes de los padres de Princesa? Nunca hablaste demasiado de su familia y esa es una de las razones de la inquietud de Laura. De verdad, de verdad, ¿qué es lo que sabes de ellos?

LUIS.- Poca cosa... Aunque te extrañe; no me he preocupado nunca de saber mucho... Tal vez por presentimiento... Es como si hubiese tenido miedo de indagar demasiado.

ANÍBAL.- Pero estabas en el deber de enterarte, Luis. Casarse es

algo serio y en nuestro país más que en ninguna parte del mundo. Es dar un paso definitivo, sin arreglo posible. Y antes de decirse hay que pensarlo bien.

LUIS.- ¿Qué querías que hiciese? ¿Un estudio hasta la quinta generación, un expediente genealógico...?

ANÍBAL.- No exageres tú ahora, como Laura me reprocha a veces que lo hago con ella. Hasta la quinta generación no... Pero los padres, caramba, los padres sí.

LUIS.- Te he dicho que me asustaba pisar ese terreno.

ANÍBAL.- ¿Y por qué?

LUIS.- Por... la guerra...

ANÍBAL.- ¡Ah!

LUIS.- ¿Te sorprende?

ANÍBAL.- No, no, lo comprendo muy bien. Tú sospechabas que sus padres...

LUIS.- No, sus padres, no. La madre era francesa y había muerto el 36 poco después de comenzar...

ANÍBAL.- Entonces, el padre.

LUIS.- Pues claro que sí, que sospechaba... ¿Y cómo no? Princesa había llegado a América a últimos de 1938, cuando ya las cosas estaban muy claras y se veía quiénes iban a ser los vencedores y quiénes los vencidos... Pues, ¿quién podía ser su padre sino uno de estos últimos?

ANÍBAL.- Luego tú, tuviste siempre la conciencia de que su padre había estado en el campo contrario al nuestro.

LUIS.- Sí.

ANÍBAL.- En cualquier otra guerra, eso habría sido suficiente para saber a qué atenerse. Pero en la nuestra, no, Luis.

LUIS.- Ya lo sé.

ANÍBAL.- Franceses, alemanes, americanos... Eso es tan claro, se entiende tan bien... Pero las fronteras de nuestra guerra fueron más borrosas.

LUIS.- Ya lo sé, tío Aníbal.

(LUIS se sienta a la derecha, después se sienta ANÍBAL.)

ANÍBAL.- Entre , los vencidos los había de muchas clases. Los que habían luchado en el frente... y los que habían hecho un infierno de la retaguardia. Los que, defendieron el Ebro, por ejemplo, que si me apuras, tienen todos mis respetos, y los que habían asesinado en Bellas Artes... Los engañados y los que engañaban.

LUIS.- Es verdad...

ANÍBAL.- Había otro grupo; el más siniestro de todos. El de los que se lucraron con la guerra, el de los que robaron y huyeron con el producto de su robo... El padre de esta muchacha podría ser uno de ellos, ¿Nunca se te ocurrió el pensarlo?

LUIS.- Tal vez sí.

ANÍBAL.- Para algunos de los otros podrían buscarse atenuantes, Para esos, no. Y debería haberte preocupado la idea de ligar tu vida

con la hija, de un sujeto así.

LUIS.- Tienes toda la razón.

ANÍBAL.- De todas las maneras, habrás hablado con quienes le hayan conocido, con quienes hayan sido amigos suyos.

LUIS.- Pues no, tío Aníbal. Yo encontré a Princesa por primera vez, dieciséis años después de la muerte de su padre. No resultaba muy sencillo echarse a buscar a sus amigos, total para preguntarles si era bueno o malo, simpático o antipático.

ANÍBAL.- ¿Y cómo había logrado entrar en Norteamérica?

LUIS.- El cónsul, a quien le hablé de esto, lo ignoraba. Mi impresión personal es que pasó allí desde Méjico. Si Juan Font es realmente Hernán Prat, tal vez -pienso yo-, al cruzar la frontera de Estados Unidos, se produjo en él la ruptura con su pasado. Cambió de nombre, de profesión..., de piel.

ANÍBAL.- Bien, todo eso, tan vago, fue lo que hizo desde que huyó de España. Pero antes, Luis, ¿qué hizo antes?

LUIS.- Desde que conocí a Princesa, me sentí deslumbrado, transportado a otro planeta. Si me hubiesen dicho que no había nacido como las demás mujeres, que había surgido, sin raíces, como por arte de magia, lo habría creído. Desde el primer momento, soñé en casarme con ella. Y a partir del instante en que tomé esta decisión, todo lo que no fuese ella misma, pasó a segundo plano.

ANÍBAL.- Pues debiste andar con cierto cuidado. Hay que pensar no sólo qué madre se da a los hijos, sino qué abuelos.

LUIS.- Bien, merezco tu reproche, tío Aníbal; he sido ligero.

(Se levanta.)

ANÍBAL.- ¿Es que ella te aceptó de la misma manera?

LUIS.- Tampoco sabía más de mi familia que yo de la suya.

ANÍBAL.- Y de su propia familia, ¿qué es lo que sabía?

LUIS.- Creo que no mucho: «Mi padre se fue de España huyendo del horror de la guerra», me confesó en una ocasión en la que hablamos de ello. Por otra parte, no te olvides que su padre murió cuando ella tenía seis años... Si su padre se llamaba Hernán Prat y no Font, esto es, si trataba de ocultar su origen, acaso pensase en hacerlo ante su hija también.

ANÍBAL.- Eso es cierto. Y, sin embargo...

LUIS.- ¿Qué?

ANÍBAL.- Hoy no es tan fácil, como hace un siglo, desaparecer en el mundo, desvanecerse entre las gentes, metamorfosearse sin dejar rastro. Los periódicos, las fotografías, los pasaportes..., entre sus redes nadie puede filtrarse como un fantasma. El que esté resuelto a seguir la pista de alguien, acabará dando con ella.

LUIS.- Y en este caso, ¿a quién le interesaba? A mí no, ya te lo he dicho. ¿A santo de qué? En el fondo prefería echarle tierra al pasado que sacarlo a flote.

ANÍBAL.- ¡Ay, Luis!

(Se levanta.)

LUIS.- Escucha, tío Aníbal, estarnos dando por supuesto muchas cosas sin motivo. Según tú, ese retrato parece ser el de Hernán Prat. Pero no te atreves a afirmar que lo es. Cabe que te confundas, que entre el padre de Princesa haya una semejanza, acaso un parentesco, y nada más.

ANÍBAL.- Ojalá sea así. En todo caso, podemos saber en seguida a qué atendernos.

LUIS.- ¿Quién conoce a Hernán Prat? Ya veo que mamá, no, naturalmente.

ANÍBAL.- ¿Cómo se te ocurre? Pero aquí, en nuestra misma casa, y en el piso de arriba, hay uno: el almirante Sanjuan.

LUIS.- Yo les avisé que había llegado Princesa. (Por la derecha.) ¡Ángela!

ANÍBAL.- ¿Qué le vas a preguntar? ¿Si le dio tu recado? Pues, claro que sí. Rosita telefoneó que bajaban en seguida.

ÁNGELA.- (Por la derecha.) ¿Llamaban?

LUIS.- No, ya nada, Ángela.

ÁNGELA.- Señorito...

LUIS.- ¿Qué hay?

ÁNGELA.- Enhorabuena: menuda novia tiene...

LUIS.- Gracias.

ÁNGELA.- Es preciosa.

LUIS.- Muchas gracias, Ángela. (Suena un timbre.) Abra en seguida. Deben ser los señores de Sanjuan.

ÁNGELA.- Voy a ver...

(Hace mutis por la derecha.)

ANÍBAL.- Todo esto es muy desagradable, Luis; pero para ti -y perdóname si te hablo con tanta franqueza- lo peor sería que tu novia lo supiese y te lo hubiese ocultado.

LUIS.- Sólo porque no la conoces puedes temerlo: es incapaz de eso.

ANÍBAL.- Ojalá no te equivoques.

ÁNGELA.- Son los señores de Sanjuan.

(Y entran por la derecha, primero, don RAMÓN SANJUAN y después su esposa ROSITA. Pese a su condición de almirante, viste de paisano.

ROSITA es una mujer regordeta, campechana, de edad muy próxima a la de don RAMÓN. No es cierto, tan distinguida como él. Acaso se le nota que mientras don RAMÓN vivía su vida y conocía mundo en sus ya lejanos viajes de prácticas, ella esperaba aburridamente su vuelta en un pisito de El Ferrol. Pero se advierte en seguida que es buena y dispuesta para la casa, aunque es probable que no sepa poner una inyección.)

LUIS.- A sus órdenes, almirante.

RAMÓN.- (Con un guiño gracioso.) Hoy, yo a las tuyas, Luis.

ROSITA.- ¿Dónde está la maravilla del siglo? Ya me ha dicho Ángela que eres un hombre de suerte. ¿Está dentro?

ANÍBAL.- Sí, con Laura.

ROSITA.- ¡Ay, Aníbal!... Si tú supieses con quién comimos ayer...

ANÍBAL.- ¿ ¿Con quién, Rosita?

ROSITA.- Con Marta Arroyo. ¿Qué edad tendrá Marta? Cerca de los cincuenta, ¿no? Pues le temblaba la voz al hablar de ti. Siempre has dejado unas huellas muy profundas, Aníbal.

ANÍBAL.- No bromees... _

RAMÓN.- Y sigue dejándolas...

ANÍBAL.- Bueno, bueno...

ROSITA.- ¿Se puede entrar?

ANÍBAL.- Tú, sí.

(ROSITA se va por la izquierda.)

LUIS.- Almirante, permíname un momento. ¿Usted conoció a Hernán Prat?

RAMÓN.- ¿Y por qué me hablas de ese malvado ahora?

LUIS.- ¡Qué sé yo!... Las cosas surgen cuando menos se piensan.

RAMÓN.- Sí, claro que le conocí. ¿Cómo no? Sirvió conmigo en el «Jaime I». Le estoy viendo. Alto, fuerte, pecoso, estrecho de frente. ¿Está en Madrid? Ya no me extrañaría nada.

LUIS.- ¿Es que vive?

(Saca la foto del bolsillo.)

RAMÓN.- ¡Ah! eso no lo sé. Viejo no es; andará por los cincuenta y uno o cincuenta y dos... ¿Por qué no ha de vivir? Lo que no sé es dónde.

ANÍBAL.- (Enigmáticamente.) Me temo que ha muerto.

RAMÓN.- Que Dios le haya perdonado.

LUIS.- ¿Es tal vez este, don Ramón?

(Pausa.)

RAMÓN.- (Se saca las gafas del bolsillo y lo mira detenida, con voz grave.) Sí, este es... (Vacila.) Vaya, yo creo que es... Pero tú, Aníbal, le conocías también.

ANÍBAL.- Sí, sí...

RAMÓN.- ¿Y qué dices?

ANÍBAL.- Lo mismo que tú.

RAMÓN.- Un poco avejentado, con canas; pero, en fin, Pedro Hernán Prat.

ANÍBAL.- Juraría que sí.

RAMÓN.- ¿Qué os pasa? ¿De dónde ha salido este retrato? ¿Lo vio Laura? No se lo enseñéis. Ella no le conocía. Que no le ponga cara a su rencor...

LUIS.- No, no... ¿Para qué enseñárselo?

RAMÓN.- Y pensar que ese sujeto... (Transición.) Era un gran tipo tu padre... ¡Pobre! (A ANÍBAL.) Veintiún años ya... ¿Qué opinas de eso, Aníbal?

ANÍBAL.- Imagínate... Media vida...

RAMÓN.- Yo llegué a Málaga el 13 de julio del 36. Estaba justamente en la Comandancia cuando nos llamaron de Madrid para darnos la noticia. (Pausa.) Comprendimos que sólo quedaba una solución. Yo me marché a Cádiz aquella misma tarde. Luis embarcó en el «Júcar».

(ROSITA sale por la izquierda.)

ROSITA.- Oye, Luis, enhorabuena. Viene de muy lejos, pero no creo que hubieses encontrado nada mejor más cerca.

LUIS.- Muchas gracias, Rosita.

ROSITA.- Qué gracias ni qué historias. Es la verdad.

RAMÓN.- ¿Guapa?

ROSITA.- Gloria pura.

RAMÓN.- ¿Sale ya?

ROSITA.- Todavía no.

RAMÓN.- La esperaremos.

ROSITA.- ¿Y por qué no oyes misa entre tanto? Todavía coges la de once.

RAMÓN.- Bueno, si me acompañas... (A ANÍBAL.) Qué no hará uno por la paz conyugal...

ROSITA.- Pues, sí, te acompaño.

RAMÓN.- (A ANÍBAL.) Me han cazado.

(Inician el mutis.)

LAURA.- (Por la izquierda.) ¿Os vais?

RAMÓN.- Me llevan a misa de una oreja.

LAURA.- Que os esperamos esta noche a comer. No faltaréis, ¿eh?

RAMÓN.- ¿Cómo se te ocurre? Además yo pienso ver antes ese prodigio. O sea, que a la vuelta entraremos.

ROSITA.- Luis, te ha tocado la lotería... Hasta luego.

LUIS.- Adiós, doña Rosita.

(RAMÓN, ROSITA, LAURA y LUIS hacen mutis por la derecha. ANÍBAL va

a

la estantería y busca un libro en ella. LUIS y LAURA regresan antes de que lo encuentre.)

LAURA.- ¿Qué buscas, Aníbal?

ANÍBAL.- Nada. especial.

LUIS.- (A LAURA.) ¿Y Princesa?

LAURA.- Un poco de calma, novio impaciente... Oye, a Rosita le ha encantado.

LUIS.- Eso me ha dicho.

LAURA.- Y a mí... ¿para qué contarte?

LUIS.- (Mortecinamente.) Me alegro mucho, mamá.

LAURA.- ¿Qué te pasa? ¿Te sucede algo?

LUIS.- Nada...

LAURA.- (Le pinza cariñosamente la barbilla.) Romeo y Julieta...

(Y hace mutis por la izquierda.)

LUIS.- ¿Qué buscas, tío Aníbal?

ANÍBAL.- Se me ha ocurrido otro medio de comprobación.

LUIS.- ¿Cuál?

ANÍBAL.- El Estado General de la Armada.

LUIS.- ¡Ah!

ANÍBAL.- El de 1935, que acabo de encontrarlo. (Coge un libro.)

Vuestro escalafón. (Se sienta en la mesita de la izquierda y busca un nombre.) Capitanes de corbeta. Aquí está. Hernán Prat, Pedro. Nacimiento: 26 de mayo de 1904. Princesa sabrá la fecha del nacimiento de su padre... Intentemos cerciorarnos, salir de dudas ya, de una vez por todas. Pregúntaselo.

LUIS.- Sí, ahora mismo. (Se asoma a la izquierda.) Princesa...

PRINCESA.- (Desde dentro.) Dime, Luis...

LUIS.- Oye, para arreglar unos trámites... ¿cuál es la fecha del nacimiento de tu padre?

PRINCESA.- ¿De mi padre? Mamá sé que nació el 14. Era diez años más joven que papá. Papá nació en 1904. Su cumpleaños, déjame que recuerde. (Súbitamente.) Si está en el retrato... el 26 de mayo, creo.

LUIS.- Gracias.

(Lo comprueba mirando el dorso, Después se sienta en la derecha, abrumado, mientras tira el retrato en la mesita.)

ANÍBAL.- ¿Y qué piensas hacer?,

LUIS.- Escúchame, tú me has dicho antes algo, que me ha impresionado mucho. Insinuaste la posibilidad de que Princesa supiese todo esto y que, deliberadamente, me lo hubiese ocultado.

ANÍBAL.- Así es.

(Se levanta.)

LUIS.- Estoy completamente seguro de que lo ignora. Pero voy a comprobarlo. Hablaré con ella.

ANÍBAL.- Perfectamente. ¿Y después?

LUIS.- Después... no sé, tío Aníbal.

ANÍBAL.- Porque ella pudo ignorar este drama, en efecto, o conocerlo y no habértelo confesado. Y como su silencio perseguiría un solo objetivo, que es el de no perderte, tampoco creo que hubiese cometido, callando, un pecado demasiado grave. Ahora bien; para tu madre, el que lo supiese o no, es accesorio. Lo importante es el hecho en sí. ¿Y tú has pensado en cómo reaccionará cuando se entere?

.LUIS- Sí, claro.

ANÍBAL.- ¿Y qué te propones?

LUIS.- (Borrosamente.) No sé...

(Pausa. PRINCESA aparece por la izquierda. Viene, resplandeciente, atractiva, con un perfume del que, sin que pueda advertirlo el espectador de la primera fila de butacas; debe darse cuenta el de la última entrada de paraíso. LAURA la sigue, seducida, ya, entregada a su simpatía y a su encanto. PRINCESA pregunta todo lo que preguntan todas las mujeres que han hecho esperar largamente.)

PRINCESA.- ¿Tardé mucho?

LUIS.- No, mujer.

(PRINCESA deja su bolso en la mesa camilla.)

LAURA.- Hay que recoger su equipaje, Luis.

LUIS.- Sí, mamá.

LAURA.- ¿Cuáles son vuestros proyectos? Supongo que tendréis muchas cosas que deciros, pero si queréis almorzar aquí.

PRINCESA.- Lo que Luis prefiera.

LUIS.- (Súbitamente.) Mamá.

LAURA.- (Extrañada.) ¿Qué, Luis?

LUIS.- Necesito hablar con Princesa. ¿Os importa dejarnos unos momentos?

LAURA.- (Un poco sorprendida.) Pues claro que no, hijos.

ANÍBAL.- Ven, Laura.

(Y se marchan los dos por la izquierda.)

PRINCESA.- ¿Qué te sucede, Luis?

LUIS.- Escúchame. (Se sientan. en la derecha.) La guerra civil cambió las vidas de todos... ¿Nunca has pensado que la de tu padre también?

PRINCESA.- Sí, claro... Yo sé que fue la guerra lo que produjo la salida de España de mi padre.

LUIS.- ¿Y no sabes más? ¿Nunca supiste la causa por la que se fue de España?

PRINCESA.- No.

LUIS.- ¿Tú no sabes tampoco cuál era su profesión antes de expatriarse?

PRINCESA.- No, tenía negocios... creo yo, como los tuvo después en San Francisco.

LUIS.- No, no es así. Tu padre era marino. Marino de guerra.

PRINCESA.- ¿Como el tuyo?

LUIS.- Sí, igual que el mío... Pero en el lado contrario al suyo.

PRINCESA.- ¿Cómo lo sabes?

LUIS.- Tío Aníbal ha reconocido su retrato y, por si hubiera alguna duda, el almirante Sanjuan, el marido de la señora que entró a saludarte, también. Además, la fecha de su nacimiento coincide con la que figura en el escalafón de la Armada; no hay duda posible.

PRINCESA.- ¿Estás completamente seguro?

LUIS.- Sí. Y hay más. El verdadero nombre de tu padre es Pedro Hernán Prat.

PRINCESA.- ¿Cómo dices?

LUIS.- Tu padre cambió de nombre.

PRINCESA.- ¿Y por qué?

LUIS.- Lo ignoro. No fue el único caso, supongo. El deseo de buscar la impunidad, de olvidar su pasado y empezar una vida distinta pudo ser la razón.

PRINCESA.- Pero, ¿qué es lo que había hecho?

LUIS.- Casi ni me atrevo a decírtelo.

PRINCESA.- (Sin aliento.) Habla de una vez: ¿qué?

LUIS.- Presidir el consejo de guerra que juzgó al mío.

PRINCESA.- Y que le condenó.

LUIS.- Sí.

PRINCESA.- O sea que él es, en cierto modo, responsable, de su muerte.

LUIS.- Calla, Princesa, te lo suplico.

(Se levanta.)

PRINCESA.- Es tremendo.

LUIS.- Pero ¿es posible que a lo largo de tanto tiempo no te haya llegado ningún eco, ningún indicio, de su vida anterior?

PRINCESA.- No.

LUIS.- ¿Y de sus padres..., o sus hermanos..., o sus parientes?

PRINCESA.- Sólo tenía un hermano, que murió en Toulouse, poco antes de matarse él.

LUIS.- Pero tu padre habría dejado algún papel al morir, algún documento, algún rastro...

PRINCESA.- No; tal vez lo había destruido todo deliberadamente. Acaso tuviese la idea de revelarme un día la verdad; pero entre sus cosas no encontré nada que me hiciera sospechar. La muerte le sorprendió, ya lo sabes, en un accidente de automóvil... La casa en que vivíamos apareció a mi nombre, al nombre que yo he llevado toda mi vida, Clara María Font, que, como es natural, no es el mío verdadero tampoco si él no se llama así. Y eso es todo lo que sé.

(Se levanta.) Pero, ¿por qué cambió de nombre? Impunidad, dices tú... ¿Y qué es lo que tenía que temer, y de quiénes, a tanta distancia, aislado del mundo entero? No, eso no. Es más fácil que hubiese querido borrar unos recuerdos que le atormentaban, por los motivos que fuesen, desarraigarse. Y que se hubiese hundido, para conseguirlo, en aquel mundo tan lejano del suyo.

LUIS.- Acaso sea así.

PRINCESA.- Por otra parte, si mi padre intentaba destruir su pasado, quizá era tanto; por mí como por él mismo. Por librarme de un nombre que a él le pesaba demasiado, por desarraigarme a mí también. Y todas las precauciones le parecerían pocas para conseguirlo.

LUIS.- Es posible.

PRINCESA.- Bien, Luis. Yo me doy cuenta de la gravedad que tiene todo esto. Y necesito oírte.

LUIS.- (Tras una pausa.) ¿Tú ves esta casa, Princesa? Un retrato de mi padre en cada rincón, sobre cada mueble. Por las paredes, sus mapas, sus cruces de África. Maquetas de barcos, casi olor a mar. Mi padre vivo todavía, si eso es posible, en el recuerdo, en la evocación diaria de mi madre.

PRINCESA.- Sí, ya lo sé.

LUIS.- Han pasado más de veinte años desde su muerte. ¿Crees que mi madre se ha consolado? Todos los sentimientos, aunque permanezcan vivos..., no sé..., palidecen, evolucionan. Pero eso no va con ella. Hoy mismo, hace unos minutos, he sabido que cuando se convenció de que mi padre no volvería jamás, estuvo a punto de suicidarse. ¿Crees que me quiere a mí? Sí, claro está que me quiere. Pero por ser de él, por recordarle a su marido. Yo no tengo personalidad propia dentro de su corazón, sino subordinada a la de mi padre. Y cada cosa que digo o hago, si se parece a lo que él dijo o, hizo, lo aprueba, y si no, lo considera una deserción. Pienso que si no me hubiese hecho marino, me miraría como a un renegado. La vida se ha detenido para ella en el punto y hora en que perdió a mi padre y se morirá sonriéndole, como una novia, aunque muera dentro de cien años.

PRINCESA.- ¿Por qué me dices todo esto, Luis?

LUIS.- Para que sepas cómo es y para que comprendas la violencia que me produce contarte todo lo que pasa.

PRINCESA.- Sí, Luis...

LUIS.- Ir a explicarle ahora esta historia desgraciada... ¿Cuál será su reacción? No sé... me preocupa.

PRINCESA.- ¿Y qué piensas hacer?

LUIS.- Se me ocurre que... lo más prudente es callar.

PRINCESA.- (Tenuemente.) No...

LUIS.- Guardar este secreto entre nosotros.

PRINCESA.- No, Luis.

LUIS.- Sólo tío Aníbal lo sabe, y podemos confiar en que...

PRINCESA.- (Ahora con mayor rotundidad.) No, Luis.

LUIS.- ¿Qué significa ese no?

PRINCESA.- Que yo no puedo permitir que ocultes esto.

LUIS.- ¿Por qué?

PRINCESA.- Porque es algo demasiado importante para que ella lo ignore, primero, y segundo, porque yo no soy capaz de entrar esta casa disfrazada o mintiendo, sino como quien soy. O no entrar.

LUIS.- ¿Te das cuenta de lo que puede provocar eso?

PRINCESA.- Sí, pero hay algo que me dice que no debo rehuirlo.

LUIS.- Es hacer un daño inútil y yo prefiero evitarlo.

PRINCESA.- Inútil, no. Necesario, imprescindible; por penoso que resulte. Es uno de esos dolores ante los que no se debe retroceder.

Yo, por lo menos, no retrocedo.

LUIS.- Tú no eres quien va a sufrirlo.

PRINCESA.- ¿Y quién sabe cuáles serán las consecuencias, Luis, y qué parte me corresponderá a mí en este dolor? Precisamente por eso, no dudo en provocarlo.

LUIS.- No es este el momento.

PRINCESA.- ¿Cuál, si no? ¿Cuando ya hayan pasado los años? No. Me espanta la idea de servirme del hecho consumado como de una ganzúa para forzar a tu madre a que me acepte. Es ahora cuando no soy nada, por mí misma, delante de ella, sino sólo tu prometida, cuando debo hacerlo.

LUIS.- No...

PRINCESA.- Por otra parte, ¿cómo se te ocurre que yo pueda exponerte a que se entere el día de mañana de que yo le oculté esa historia terrible? «Bien me estafaste», me diría. Y con toda la razón, ¿Y cómo me atrevería a mirarla a la cara entonces?

LUIS.- Escúchame...

PRINCESA.- No, Luis. Háblale, es lo mejor. Yo me sentiré después mucho más tranquila, pase lo que pase. ¡Ah! y antes de nada, hay algo que me importa que quede muy claro: mi inocencia. Yo te juro que hace diez minutos ignoraba por completo lo que acabas de contarme.

LUIS.- Estoy seguro de ti.

PRINCESA.- ¿Y si te dijese que yo me alegro, también, de que tú y yo hayamos sabido todo esto hoy... y no mañana? (Con una tristeza dulce.) Aún no hay nada decisivo entre nosotros... Aún somos libres, Luis, para desandar lo andado.

LUIS.- (Con una firme ternura.) No disparates, bobita.

PRINCESA.- Vete, vete, Luis..., cuéntaselo todo.

LUIS.- Pues que tú lo quieras...

PRINCESA.- ¿Y si yo me marchase mientras tanto? Si yo os dejase solos, en familia... No me gusta estar aquí..., coaccionándoos... Es quizá mejor que me vaya y que tú me busques más tarde.

LUIS.- No, tú no tienes por qué irte. Espérame. Y puesto que prefieres ir con la verdad por delante, afrontaremos juntos las consecuencias.

PRINCESA.- ¿Tú crees, Luis?

LUIS.- Sí. (Sonríe con mucha convicción.) Todo irá bien, ya lo verás.

PRINCESA.- Ojalá sea así...

LUIS.- (Va a hacer mutis por la izquierda. De improviso retrocede y la abraza apasionadamente.) Princesa, Princesa mía.

PRINCESA.- Luis... (LUIS hace mutis por la izquierda. Se le ve a PRINCESA indecisa pasearse de un lado a otro nerviosamente. PRINCESA saca su agenda del bolso que dejó sobre la mesa.) Hola... ¿Es la casa de los señores de O'Connor? ¿Está la señora? Dígale de parte de Clara María... (Levísima pausa llena de una casi imperceptible duda.) Font... (Se queda aguardando a que se ponga al aparato. Su mirada instintivamente enfila el retrato del padre de LUIS. La retira, como si por ese gesto pueril alejarse también un oscuro peligro.) ¿Qué tal, Gaby? He llegado hace media hora... Escúchame, apenas si te puedo hablar. No sé si voy a necesitarte. ¿Dónde podré dar contigo si fuese preciso? Almorzarás en el Club de Golf... ¿Y después? Volverás a tu casa... ¡Ah! perfecto! Bueno, yo te llamaría a alguno de los dos sitios... No, no me pasa nada. Me alegra mucho oírte, Gaby. Un saludo muy cariñoso a tu marido... ¡Ah, la fecha de la boda!... Aún no lo sé. Adiós, Gaby. (Y cuelga.)

ANÍBAL.- (Por la izquierda.) ¿Por qué lo ha dicho Luis?

PRINCESA.- Porque yo se lo he pedido.

ANÍBAL.- ¿Lo pensaste bien, muchacha?

PRINCESA.- Sí.

(Por la izquierda, LAURA y LUIS. Entran en silencio, y en silencio están los cuatro unos segundos. LAURA se sienta en el primer sillón de la derecha. A ella miran los demás con la conciencia de que su actitud es la clave de todo cuanto ha de pasar.)

LUIS.- Habla, mamá, te lo suplico.

LAURA.- No sé qué decir, Luis... Aún no he salido de mi estupor... ni he podido ordenar mis ideas. Aún me parece que debería preguntarte muchas veces si estás seguro de lo que acabas de contarme..., porque... es todo tan increíble, que no quisiera perder la esperanza, por pequeña que fuese, de que os hubieseis equivocado.

PRINCESA.- Piérdala.

LAURA.- (Con una cierta agresividad. De pie.) Pues entonces, Luis, a quien, le corresponde hablar no es a mí, sino a ti.

LUIS.- Mamá...

ANÍBAL.- Ya sé que soy el último, el que no tiene nada que hacer, sino oídos. Pero por eso os pido que no perdáis la serenidad. Ha surgido algo con lo que no se contaba. Estáis en el deber de examinar las cosas tal como son. Desapasionadamente y sin sacarlas de quicio.

PRINCESA.- Me interesa ser la primera en salir al paso de cuanto puedan decirme. Luis, te relevo de todo compromiso, de toda obligación conmigo.

LUIS.- ¡Cállate!

LAURA.- (Se levanta.) ¿Y por qué ha de callarse? ¿Es que lo que dice es algún disparate? ¿Es que no tiene razón Aníbal? Claro que ha surgido algo con lo que no contábamos. Y es tan grave, que lo cambia todo. ¿O es que te imaginas que yo puedo seguir viendo a tu novia como hace unos momentos? No. Comprendo que es imposible. ¿Y a quién

ha de extrañarle ese cambio? Te he abierto los brazos simplemente porque Luis te quería; pero ahora, antes que la novia de Luis, sé que eres la hija de quien condenó a mi marido y pienso que no seré capaz nunca, nunca; de verte de otra manera.

LUIS.- ¿Y qué culpa tiene ella?

LAURA.- Ella, por sí misma, ninguna. Pero la de su padre fue tanta, que no pudo pagarla él solo. Las deudas graves de verdad no son las que se pagan con la muerte, sino las que se traspasan a quienes nos siguen, para que las arrastren mientras vivan.

LUIS.- ¿Y si yo se la perdono?

LAURA.- ¿Y quién eres tú para perdonar si no perdono yo? ¿Qué es lo que tú perdonas? ¿Qué lágrimas te ha costado a ti la muerte de tu padre? Te has dado cuenta a medida que entrabas en el uso de la razón de que no lo tenías; pero no te lo han cortado como un brazo, de un solo golpe, como a mí me cortaron mi marido. ¿A quién le han hecho más daño? ¿En qué ha variado tu suerte porque te falta él? ¿Has dejado de tener una infancia alegre? ¿Has pasado hambre, privaciones? ¿No te ha rodeado siempre el respeto y la simpatía de todos? ¿No te ha abierto tu nombre muchas puertas? Es el hijo de Luis Ponce, el del «Júcar». ¿Cuántas veces has oído eso, dímelo? ¿No estás ahora mismo con la vida entera por delante? Y, en cambio yo... ¿Has pensado en mí alguna vez? ¿Sabes qué edad tenía yo cuando me quedé viuda? Veintiséis años. ¿Sabes lo que es una mujer a esa edad, Luis? Ya estás en condiciones de imaginártelo. Te he parecido vieja siempre, aun cuando no lo era. Veintiséis años, Señor. Los hijos no sois capaces nunca de ver a la mujer en vuestra madre. Creéis que no nos ha besado nadie más que vosotros, y ni se os ocurre pensar, que han podido amarnos, desearnos, como vosotros mismos amáis o deseáis. Princesa; qué natural es para ti llamarla así... También mi nombre lo cambió el amor de tu padre. Ya soy Laura, nada más, desde que él murió. Pero él sabía llamarme más dulcemente. Mírame: estoy vencida. Los años, los sufrimientos, me han quitado todo lo que tuve de joven. Pero tu padre me llamaba Maravilla. ¿Te parece infantil, cursi, quizá? Si no fuese tu madre, te reirías... Pues a ese nombre van ligadas las mejores horas de mi vida, las que recuerdo a diario, las que recordaré hasta que me muera.

LUIS.- Madre; todo eso pasó, y no es Princesa quien te lo ha robado.

LAURA.- ¿Y por qué suponerla tan inocente? Dime: ¿eres capaz de condenar a tu padre porque él haya condenado a mi marido?

(Larga pausa.)

PRINCESA.- No.

LAURA.- (A LUIS.) ¿Ves? Es su manera, la única manera que tiene de firmar la sentencia de muerte de tu padre. Y mira, no le tiembla la mano.

PRINCESA.- ¿Y cómo se atreve a pedirme que le condene sin oírle, sin saber nada? ¿No comprende que para mí su honradez es un artículo

de fe, y que he de defenderla por encima de todo?

LAURA.- Y al huir de España, y ocultar su verdadero nombre, ¿no se condenó ya a sí mismo?

LUIS.- Mamá: te ruego que no mortifiques a Princesa.

LAURA.- ¿Es que vas a convertirte en abogado suyo?

LUIS.- Si te pones tan fuera de razón, me obligarás a hacerlo.

LAURA.- Empiezas a darme miedo, Luis. Y lo mejor será que hables sin rodeos. ¿Qué valor tiene para ti lo que acabas de saber?

LUIS.- No lo bastante para desistir de casarme.

LAURA.- ¿Serías capaz, Luis?

LUIS.- Sí.

LAURA.- Entonces, realmente, la memoria de tu padre, ¿qué representa para ti?

LUIS.- Yo la quiero y la respeto. Pero no hasta el punto de que obligue a Princesa a pagar un daño del que no es responsable, y a mí, un sacrificio inútil.

LAURA.- Inútil...

LUIS.- Sí, mamá. Tú has dedicado tu vida a servir esa memoria. Y lo has hecho ejemplarmente. Pero no creas que ahora la enalteces oponiéndote a que nos casemos. Al contrario, la rebajas. Ya no la sirves con tu amor, sino con tu rencor.

LAURA.- Es por tu propio nombre por el que lucho; aunque tú no lo comprendas. Yo quiero impedir que te señalen con el dedo, que vean en ti un hijo que traiciona a su padre; que pone su pasión por encima del nombre que lleva.

LUIS.- Mamá, no olvides esto: ha pasado mucho tiempo, Hay en España millones y millones de hombres y de mujeres que pisamos fuerte, que llevamos la cabeza sobre los hombros y que no vivíamos en el 36 o éramos unos niños entonces. Tengo derecho a pensar y a sentir por mi cuenta. Y no te extrañe si no me dejo conducir de tu mano.

LAURA.- Esto quiere decir...

LUIS.- Que yo no renuncio a la mujer de quien me he enamorado y que apenas pueda, me casaré con ella.

LAURA.- ¿Estás resuelto a ese crimen?

LUIS.- Crimen sería lo contrario: el que la abandonase. Y eso sí que no lo haré nunca. (A PRINCESA.) Vámonos, ya hemos hablado lo que teníamos que hablar.

PRINCESA.- No, Luis. Yo sí, yo me voy. Pero sola.

LUIS.- ¿Qué quieres decir?

PRINCESA.- Yo te agradezco con el alma entera tu generosidad, tu resolución, pero no la acepto.

LUIS.- ¿Te niegas entonces a casarte conmigo?

PRINCESA.- Sí. Tu madre tiene razón.

LAURA.- Viene a dármele quien menos podía sospechar.

PRINCESA.- Ha habido algo demasiado dramático entre nosotros para que podamos olvidarlo tan deprisa.

LUIS.- Yo sí; mi cariño es más fuerte.

PRINCESA.- Perdóname si te digo que el mío no lo es.

LUIS.- Te engañas a ti misma y piensas que así nos engañas a nosotros, que me engañas a mí. No; no es cierto. Ya sé que me

quieres. Aunque me repitieras cien veces lo que acabas de decirme, supondría que lo hacías por obligarme a seguir un camino, pero no porque fuese verdad.

PRINCESA.- Tú puedes perdonarme. Y yo sentir, sin embargo, en el fondo de mi alma, que no lo estoy suficientemente, que no me basta tu perdón, que necesito también el de todos los tuyos, el de cuanto te rodea, y eso es ya más difícil.

LUIS.- A ti y a mi nos basta con que cada uno tenga fe en el otro. Y el resto no importa nada.

PRINCESA.- Quizá mides mal tus fuerzas. Ahora te juzgas capaz de saltar por encima de lo que nos separa. Mañana, dentro de unos años, cualquier pequeña cosa que surgiese, avivaría el pasado... y sería atroz.

LUIS.- No; eso no. Te juro que...

PRINCESA.- Y luego, quedo yo.

LUIS.- ¿Qué quieres decir?

PRINCESA.- (A LAURA.) ¿Por qué he de aceptar las cosas tal y como ustedes las plantean? ¿Qué sé yo de la guerra? Yo tenía dos años cuando empezó. La he aprendido en los libros y para mí está tan lejana como la de las Galias. Y ahora, de pronto, he de verla y de juzgarla a través de sus ojos. Ustedes tendrán razón y yo no se la discutiré nunca. Pero, como hija, yo rechazaré siempre todo lo que deje a mi padre en una posición deshonrosa. Habría matado él mismo con su propia mano, en una esquina o por robar a mansalva, y yo me esforzaría en disculpar su acción, en ennoblecerla, si podía.

LAURA.- Trabajo le mando al que lo intente. Yo sé por qué condenó a mi marido: porque prefirió ser juez a ser acusado. Más que por maldad, seguramente por miedo.

PRINCESA.- No conocí bien a mi padre; pero, en todo caso, tampoco estoy conforme con que den, como explicación de lo que hizo, su cobardía. Díganme que se equivocó, si quieren, pero déjenme a mí, que soy su hija pensar en él como en un hombre digno.

LAURA.- ¿Esto más he de oír? (LAURA se levanta.) ¿La justificación, el elogio de quien trajo la desgracia a esta casa para siempre?

PRINCESA.- Mi padre está muerto y yo le defiendo.

LUIS.- Se acabó. Veintiún años después, es absurda esta disputa. Esas son cuentas liquidadas ya.

PRINCESA.- No nos equivoquemos; sangran aún, ya lo ves. Me voy. Le repito que lleva usted razón, señora.

LUIS.- ¡No te vayas!

PRINCESA.- Déjame, Luis. Hay que acabar cuanto antes.

LAURA.- Que se vaya, sí. Es lo mejor que puede suceder.

LUIS.- Escucha mamá. No te hagas ilusiones. De una o de otra forma, me casaré con Princesa.

LAURA.- Para eso tendrás que romper antes con tu vida entera, con esta casa y conmigo. Cambiar tú también el nombre que llevas.

LUIS.- Haré lo que sea necesario.

ANÍBAL.- ¡Luis!

LUIS.- Pero me casaré con ella, ¿lo oís bien? me casaré con ella.

(TELÓN.)

Acto III

Cuadro I

La misma escena. Es la tarde siguiente.

Al levantarse el telón, ÁLVARO se pasea de un lado a otro, ensimismado en sus pensamientos. Suena el teléfono.

ÁNGELA.- (Entra por la derecha.) Dígame... Ah, don Aníbal. Soy Ángela, señor... No, no, el señorito Luis no vino aún. El señorito Álvaro está aquí. Sí; ahora se pone.

(Mutis ÁNGELA derecha.)

ÁLVARO.- ¿Qué hay, don Aníbal? No; no sé nada de Luis. Estoy citado con él y supongo que llegará de un momento a otro... No, yo no me muevo... Perfectamente; le diré que le espere a usted, que es muy importante... ¿Qué tarda usted?... ¿Un cuarto de hora? Bien, bien. Hasta luego.

LAURA.- (Aparece por la izquierda.) Álvaro, ¿con quién hablabas?

ÁLVARO.- Con don Aníbal.

LAURA.- ¿No era Luis?

ÁLVARO.- No; no.

LAURA.- Tú quieres ver a Luis, naturalmente.

ÁLVARO.- Sí.

LAURA.- Pero, ¿sabes que... desde ayer... apenas sí viene por casa?

ÁLVARO.- No.

LAURA.- Estuvo ahí, donde estás tú, esperando que sonase el teléfono hasta las seis... Pero ella no le llamó. Entonces se fue como un loco, y no volvió hasta la madrugada. Hoy por la mañana salió tempranísimo y no almorzó. Ha pedido que le preparen su ropa.

Se va, Álvaro, se va. ¿No te lo ha dicho?

ÁLVARO.- No. Y me extraña que se vaya. Me ha citado aquí

LAURA.- Vendrá a recoger sus cosas. Y yo me muero de ganas de verle; pero tengo miedo, un miedo horrible, porque sé que lo pierdo para siempre.

ÁLVARO.- No diga usted eso, Laura...

LAURA.- Y tú, ¿qué haces tú? Porque ella ha desaparecido sin dejar rastro. Y él la está buscando. Te ha pedido que le ayudes, ¿no? Si es natural. ¿Y a quién con más motivo? Luego tú, te has encargado de hacer tus averiguaciones en un sitio y en otro, donde sea... ¿qué le vas a negar? Y a lo mejor, le traes noticias. ¿Es así? Mira que te tengo al lado desde que eras muy niño y no puedes engañarme. ¿Verdad que sí? Pues te diré una cosa: no está bien que le ayudes. Porque si Luis la busca, es porque insiste, a pesar de todo, a pesar de tanto horror, en que sea su mujer... Y eso, ¿a ti, Álvaro, te parece bien eso? No me contestes, prefiero no oírte... no saber lo que piensas... Aunque no me sorprendería lo peor... Sois de la misma edad..., y eso une muchísimo... es casi como un parentesco..., sobre todo frente a nosotros, los más viejos..., los atrasados..., los fanáticos... Porque yo te parezco fanática, ¿verdad? y no lo soy... Yo no me defiendo a mí misma, sino a él..., aunque no lo comprenda..., y a sus hijos. (Se pone de pie.) Contéstame; tú también estás buscando a Princesa.

ÁLVARO.- Sí.

LAURA.- ¿Y qué sabes de ella?

ÁLVARO.- Nada.

LAURA.- ¿No me mientes?

ÁLVARO.- Le doy mi palabra de honor.

(LAURA respira hondamente.)

LAURA.- (Transición.) Ay, Álvaro, Luis no me quiere...

ÁLVARO.- Pero, Laura...

LAURA.- El rencor, el odio hacia mí le va entrando en el corazón, poco a poco, como el agua en una cisterna y llenádoselo hasta rebosar.

ÁLVARO.- Qué cosas se le ocurren...

LAURA.- Yo he pasado a ser para él algo peor que una enemiga, una extraña. Y él se va, con Princesa o sin ella, porque, de pronto, todo, nuestros principios, nuestra casa, nuestra vida, se ha alejado de la suya, y él está dispuesto a salir de este círculo al precio que sea. Lo de Princesa es sólo la causa incidental, lo que le ha hecho comprender darse una palmada en la frente. No me quiere...

ÁLVARO.- Se equivoca, Laura. Está anonadado por lo que ha sucedido. Sufre mucho; esa es la única verdad.

LAURA.- ¿Y yo? (Se oye un timbre.) Calla, ahora sí que es él. No le digas que te hablé. Te dejo; sé bueno... Pero yo prefiero no verle.. Tengo miedo, Álvaro, tengo miedo.

(Mutis por la izquierda.)

ÁNGELA.- (Por la derecha.) Ha llegado el señorito Luis.

ÁLVARO.- Sí.

(Hace intención de salir a su encuentro. LUIS entra por la derecha.

Mutis de ÁNGELA.)

LUIS.- Hola, Álvaro. ¿Hay alguna noticia?

ÁLVARO.- Ninguna. Tu tío ha llamado para decirte que le esperes, que llega en seguida.

LUIS.- ¿Qué has hecho tú?

ÁLVARO.- He preguntado a veintitantos hoteles. Arriba dejé la lista. Y a otras tantas pensiones. En ningún sitio figura el nombre de Princesa. Por cierto, he preferido telefonar desde fuera.

LUIS.- ¿Por qué? Ah, ya entiendo, tu padre...

ÁLVARO.- No sé lo que piensa de esto, y me ha parecido prudente, por instinto, no preguntárselo. ¿Y tú? ¿Has dado con alguna pista?

LUIS.- No. He buscado a los O'Connor, sus únicos amigos en Madrid. Me recibieron después de muchos regateos, con bastante frialdad. Según sus palabras, no tenían la menor idea de que Princesa hubiese llegado. (Vivamente.) Lo cual no es cierto, porque Princesa se lo anunció desde Nueva York.

ÁLVARO.- ¿Y su equipaje?

LUIS.- Lo había dejado en la central de Iberia, en efecto, y he sabido quién fue el maletero que se lo llevó al taxi, pero no he podido saber más. El maletero me dijo que tal vez reconocería al chófer si volvía a verle. Hasta ahora no lo ha visto. Álvaro, ¿se habrá marchado Princesa de Madrid?

ÁLVARO.- No creo.

LUIS.- ¿Intentará regresar a Estados Unidos?

ÁLVARO.- No, Luis. Y no te intranquilices. Princesa aparecerá de un momento a otro; estate seguro. Y todo se resolverá.

LUIS.- No lo sé, Álvaro. Yo he superado muchas cosas. Mi gran sorpresa es que ella no.

ÁLVARO.- He pensado sobre lo que me contaste. Su reacción fue lógica y digna.

LUIS.- Yo no debí dejar que se marchase. Pero no sé. Todo pasó en un segundo. Pensé que lo mejor era que se quedase sola unas horas, que reflexionase en paz. Si se me hubiese ocurrido que rompía mi contacto con ella en una ciudad que nunca imaginé que fuese tan grande, tan inabarcable, te aseguro que no lo habría hecho.

ÁLVARO.- Lo siento, Luis. Estos días debían haber sido maravillosos para ti. Y no lo son.

LUIS.- No. La casa se ha vuelto irrespirable.

ÁLVARO.- Y tu tío Aníbal, ¿qué dice?

LUIS.- Intuyo que está a mi lado, pero sospecho que no quiere intervenir en nada, que respeta mi posición... y la de su hermana.

ÁLVARO.- Seguramente.

LUIS.- Es un error suponer que las guerras acaban con el último cañonazo. Aún mueren, de sus consecuencias lejanas, muchos de los que combatieron cuando eran jóvenes. Y este drama mío que, por muy grande que me parezca, es poca cosa, trae su origen de entonces.

ÁLVARO.- Es verdad.

LUIS.- En un primer momento nos extraña... ¡Ha pasado ya tanto tiempo! Lo que sucede es que ni tú ni yo hemos vivido la guerra y que ninguno de los dos sabemos cómo fue.

ÁLVARO.- Yo un poco más que tú, Luis.

LUIS.- ¿Por qué? Somos de la misma edad.

ÁLVARO.- Pero tú estabas en la zona nacional, en León, y yo, en Madrid.

LUIS.- ¿Y qué recuerdas?

ÁLVARO.- El pavor de mi madre cuando frenaba un automóvil en la puerta. Y por la noche, el ruido de las descargas en el Parque del Oeste. Y el rosario rezado en voz baja, para que no nos oyeran en el piso de al lado.

LUIS.- Yo recuerdo lo contrario; el rosario rezado en voz alta en el piso de al lado para que lo oyéramos nosotros.

ÁLVARO.- Somos, Luis, no los nietos, sino los hijos de los que lucharon en los frentes. Quizá estamos aún demasiado próximos a ellos para que los desmintamos..., o simplemente los olvidemos.

LUIS.- ¿Qué quieres darme a entender, Álvaro?

ÁLVARO.- Que tenemos como generación un destino, unos deberes, tal vez penosos, pero insoslayables.

LUIS.- ¿Tú desapruebas el que yo desee casarme con Princesa?

ÁLVARO.- No; pero comprendo que a tu madre le duela que lo hagas.

LUIS.- Parece como si titubeases, Álvaro. Tú, en mi lugar, ¿te casarías?

ÁLVARO.- (Con una sonrisa melancólica.) Yo, Luis, soy un herido de guerra.

LUIS.- Ahora sí que, definitivamente, no te comprendo.

ÁLVARO.- Y tú. Todos los que tenemos nuestra edad, Luis, somos heridos de guerra, aunque no lo sepamos. Nuestros mayores suelen reprocharnos cierta inhibición, cierta insolidaridad con su drama, y se equivocan. Siempre ha habido cínicos, y ahora también; pero el que quiera analizar nuestro tiempo, Luis, el tuyo y el mío, verá en seguida que los dos grandes sentimientos que lo mueven son, de un lado la ambición, y del otro la angustia, que los dos arrancan del dolor y del traumatismo de la guerra, y que de uno de esos dos sentimientos, estamos tocados casi todos.

LUIS.- Es posible.

ÁLVARO.- Yo, cínico no creo serlo, y ambición no la siento. Pero angustia, sí. Tengo, la mentalidad del oficial de un barco en peligro -perdóname si meto en tu terreno-, antes inquieto por la seguridad de sus pasajeros que por la suya propia. Llevo muchos años preguntándome cuál es la mejor manera de ser útil a los demás, no a mí mismo.

LUIS.- ¿Has dado con ella?

ÁLVARO.- Aún no. Si la hubiese encontrado, la hubiese seguido.

LUIS.- Te vengo observando desde hace tiempo. Tu seriedad, tu generosidad, tu limpieza de conducta me hacen pensar mucho. Y tu ruptura con Trini, también. Discúlpame si te lo pregunto así, a quemarropa: ¿tienes vocación religiosa?

ÁLVARO.- No; por desgracia.

LUIS.- ¿Por qué desgracia?

ÁLVARO.- Porque el tenerla me lo daría todo resuelto, ¿no lo comprendes? No creo que las cosas que haya que hacer en este país nuestro hayan de ser hechas por un sacerdote. Nuestros compatriotas entienden más fácilmente el amor a Dios que el amor al prójimo. A veces me he preguntado si el camino que entreveía como posible me llevaba al seminario o a la cárcel. Si no lo he seguido, no es porque me asuste ninguno de los dos, sino porque ni el seminario ni la cárcel los considero como una meta.

LUIS.- ¿Y cuál es tu meta entonces?

ÁLVARO.- Ya te dije que soy un herido de guerra. Antes hablábamos de nuestros recuerdos. El que me dejó una huella más honda no te lo conté. Por la ventana de mi cuarto, que daba a un patio -entonces vivíamos en la calle de Alberto Aguilera-, se veía una habitación con unos armarios empotrados en la pared. Una tarde, a la hora de la siesta, entraron unos hombres con unas metralletas y dispararon una ráfaga sobre los armarios. Las puertas cedieron, segadas por las balas, y los dos hermanos Vidal, que se habían escondido detrás de ellas, y que yo encontraba cuando iba a jugar a Rosales, cayeron inertes, como dos sacos terreros. Yo era un niño, imagínate... Y no entendía nada de aquello. Veía por primera vez, en la vida, la muerte del cine. Fue una impresión atroz. Entonces me puse a pensar que si eso era posible, es porque había algo que no estaba explicado suficientemente y que llevaba a aquel desenlace, en el que lo más espantoso era la ausencia de palabras, la forma muda en que se había desarrollado. «Cuando sea mayor -me dije- haré cuanto humanamente pueda para que eso no vuelva a pasar nunca». Eso que no vuelva a pasar nunca: esa es mi meta, Luis. No sé hasta hoy quién será más eficaz para impedirlo, si el misionero o el político... Seré una cosa u otra, cuando lo descubra.

LUIS.- Me ha parecido oír siempre, dentro de ti, algo así como el eco de una lucha íntima. No me equivocaba, Álvaro... Realmente, eres admirable.

ÁLVARO.- Ah, no, Luis; no lo creas... No sé qué me ha llevado a estas confidencias. En el fondo, es por demostrarte que, si pienso de esa forma, no puedo desaprobar tu actitud.

LUIS.- Gracias, Álvaro.

ÁLVARO.- Eso aparte, seríamos injustos si no reconociéramos a nuestros padres la razón que les asiste. Sufrieron mucho a lo largo de tres años y temen que el olvido ayude a que se reproduzcan más que el recuerdo.

LUIS.- Así es.

ÁLVARO.- Siempre nos faltarán elementos de juicio para ponernos en su lugar. En el fondo, parece como si les diésemos a entender que,

con nosotros, las cosas no habrían llegado a aquel extremo sin solución, como si les reprochásemos su violencia, su intransigencia.

LUIS.- Tú lo has dicho, Álvaro. Siempre nos será difícil ponernos en su lugar.

ÁLVARO.- Sí, es cierto... (Pausa.) Y, sin embargo, debió de ser horrible la guerra.

LUIS.- Sí. Debió ser horrible...

(Se quedan en silencio. Don RAMÓN SANJUAN entra por la derecha.)

RAMÓN.- Hola, Luis.- ¿Está tu madre?

LUIS.- A sus órdenes, almirante. Pues... casi no lo sé.

ÁLVARO.- Sí, está.

RAMÓN.- (A ÁLVARO.) ¿Qué haces tú aquí?

ÁLVARO.- Nada, papá. Hablaba con Luis.

RAMÓN.- (No parece aprobar el que se encuentre allí. Tampoco lo censura, al menos de un modo expreso. Pero le mira un segundo en silencio.) ¿Se puede entrar a verla?

LUIS.- Sí, sí..., claro.

(ÁNGELA aparece por la derecha.)

RAMÓN.- ¿Quiere preguntar a la señora si puedo saludarla un momento?

ÁNGELA.- En seguida.

(Hace mutis por la izquierda.)

RAMÓN.- A propósito, Luis. Desearía saber por ti mismo si entra o no en tus proyectos el casarte.

LUIS.- Sí. Quiero casarme.

ÁNGELA.- (Por la izquierda.) Dice la señora que pase.

RAMÓN.- Gracias, Ángela. (ÁNGELA se va por la derecha.) Te ruego entonces que me excuses si no soy tu padrino.

LUIS.- Lo siento mucho, almirante.

RAMÓN.- Tú eres mayor de edad y dueño de tus actos, pero yo no conforme con esa boda, y, siendo así, me parece preferible renunciar.

(Aparece ANÍBAL por la derecha.)

LUIS.- Aún no sé si esa boda se celebrará o no. Desde luego, si no se celebra -le soy sincero-, será pese a mi voluntad. En todo caso, le repito que lamento su renuncia.

RAMÓN.- Deseo que sepas que el cariño que profeso a Laura no es lo

único que me lleva a tomar esta actitud. Hernán Prat no sólo firmó la sentencia de muerte de tu padre, sino de otros oficiales más. En esas condiciones, el que yo apadrinase tu boda con su hija, sería de mi parte por lo menos, un acto de mal gusto.

LUIS.- Respeto sus decisiones, almirante. Ya me imagino que el nombre de Hernán Prat despierta muchos odios entre mis compañeros.

RAMÓN.- Cierto.

LUIS.- No me seduce la idea de exponerme a un desaire o a oír una impertinencia. Creo, por tanto, que ha llegado el momento de afrontar los hechos tal y como son.

RAMÓN.- Tú dirás.

LUIS.- Escúcheme: me hice marino porque mi madre me fabricó una falsa vocación, porque llegué a pensar que si no lo hacía desertaba de una tradición familiar; pero cada día me convenzo más de que no he nacido para serlo.

RAMÓN.- Ajá.

LUIS.- Hasta hoy, la vida en los barcos, en los departamentos, ha constituido para mí un sacrificio que he ocultado en mi casa por evitar un disgusto a mi madre; pero acabó de comprender que el primer deber que uno tiene, suceda lo que suceda, es el de ser leal a sí mismo.

RAMÓN.- En consecuencia...

LUIS.- Voy a pedir la separación.

ANÍBAL.- Luis: me parece que te precipitas un poco... No es este el momento de un paso semejante.

LUIS.- Es ya una idea antigua, tío Aníbal. Y aún te digo más. Tanto si me caso como si no, dejaré mi carrera.

ANÍBAL.- Ramón: te suplico que no tomes en cuenta nada de lo que estás oyendo.

LUIS.- Sí, tío Aníbal, sí. Y créeme, no es un salto en el vacío.

Hace ya tiempo que Augusto Piña quiere que me vaya a trabajar con él, y quizá ha llegado la hora. Yo le admiro a usted, almirante, como admiro a mis compañeros. No creo que haya en España quien supere su honestidad, su eficacia, su señorío. Son, realmente, hombres de primera clase. Tal vez por eso me siento sin fuerzas, para imitarles... Álvaro, soy del grupo de los ambiciosos. Con seguridad, no es el más noble.

(LUIS se cuadra.)

RAMÓN.- Oficial Ponce: el Registro del Ministerio de Marina está abierto todas las mañanas. Adelante, pues. Cuesta mucho entrar en un Cuerpo cualquiera. La salida es muy sencilla; una instancia, una firma y listos.

LUIS.- Ya lo sé, almirante.

RAMÓN.- Y, eso es todo.

LUIS.- A sus órdenes. (SANJUAN hace un mutis rápido, casi militar por la izquierda. ANÍBAL sigue en el umbral de la puerta.) Te pido perdón, Álvaro; tal vez he hablado a tu padre con demasiada

vehemencia, y quizá le he herido sin querer.

ÁLVARO.- No te preocupes, Luis. Yo siento cuanto está pasando de todo corazón.

ANÍBAL.- Si he entendido bien, aún no sabes si te casarás con Princesa.

LUIS.- Así es.

ANÍBAL.- ¿Y de qué depende tu matrimonio?

LUIS.- De dos cosas: una, que la encuentre; otra, que ella quiera.

ANÍBAL.- La primera de las dos está al alcance de tu mano.

LUIS.- ¿Qué dices?

ANÍBAL.- Princesa tiene reservada, el viernes, una cama en el expreso de Algeciras, desde donde pudiera ser que embarcase para Nueva York.

LUIS.- ¿Estás seguro?

ANÍBAL.- Completamente seguro.

LUIS.- El viernes... (Planea imprecisamente su plan de ataque.)

Entonces...

ANÍBAL.- Búscala si persistes en tus propósitos. Por cierto, la reserva del billete la ha hecho no como Clara María Font, sino como Clara María Prat.

(ANÍBAL mira fijamente a LUIS mientras cae el

... TELÓN.)

Cuadro II

El mismo decorado. Han transcurrido unos días.

En escena, al levantarse el telón, ANÍBAL. Viste de bata, como al comienzo de la obra. Termina de apurar lentamente una taza de café. ÁNGELA aparece por la derecha. El balcón está abierto.

ÁNGELA.- ¿Puedo recoger ya?

ANÍBAL.- Sí, Ángela, sí.

ÁNGELA.- Señor, ¿me deja que le diga una cosa.?

ANÍBAL.- ¿Qué?

ÁNGELA.- Echo de menos al señorito...

ANÍBAL.- (Mientras ÁNGELA se dispone a retirar el café.) La generación de la fruta...

ÁNGELA.- ¿Hay buenas noticias?

ANÍBAL.- ¿Qué entiende usted por buenas noticias?

ÁNGELA.- Buenas, si vuelve; malas si no vuelve.

ANÍBAL.- Dios dirá, Ángela. (Suena el timbre de la puerta.) Por de pronto, llaman. Y cierre el balcón, que hace fresquito.

ÁNGELA.- Ya abrirá Pura.

ANÍBAL.- Pues deme, entonces, la chaqueta.

(ÁNGELA sale por la izquierda. Al poco vuelve con la chaqueta de don ANÍBAL, que se la cambia por la bata. Trae también el consabido clavel, que ANÍBAL, tras un segundo de titubeo, se coloca en la solapa. ÁNGELA cierra el balcón y se va. En la puerta de la derecha cede el paso a RAMÓN SANJUAN. Inmediatamente hace mutis.)

RAMÓN.- Hola, Aníbal.

ANÍBAL.- Hola, Ramón. ¿Qué te trae por aquí? Rosita está con Laura, ¿quieres que le avise?

RAMÓN.- No, déjala.

ANÍBAL.- ¿Vienes de casa? Tarde me parece que empiezas tu jornada.

RAMÓN.- Mira lo que me mandan del Ministerio.

(Le enseña un pliego de papel.)

ANÍBAL.- Espérate; no vale la pena de que me lo digas; la instancia de Luis pidiendo la separación.

RAMÓN.- Justo.

ANÍBAL.- ¿Qué fecha tiene?

(ANÍBAL la mira ahora y la deja sobre la mesita de la izquierda.)

RAMÓN.- Es del 7, de anteayer.

ANÍBAL.- ¿Te extraña?

RAMÓN.- Ni por un momento pensé que Luis volviese atrás de su acuerdo.

ANÍBAL.- Ni yo tampoco. Ha nacido un hombre nuevo, mejor o peor que el anterior -esa es una incógnita que los años aclararán-, pero diferente. El abandono de su carrera estaba inscrito en el programa de su revolución personal, como en el de los socialistas la nacionalización de la Banca. (ANÍBAL deja la instancia en la mesa camilla.) Y lo ha cumplido, sencillamente. A mí no me sorprende y en el fondo de mi alma, si he de serte sincero, tampoco me preocupa. Tú y yo, que hemos pasado de los veintiséis años hace mucho, sabemos

bien que a esa edad se puede echar a andar de nuevo por el camino que se quiera y llegar con tiempo a todas partes.

(Se sienta a la derecha, lo mismo que RAMÓN.)

RAMÓN.- Si tú no lo sientes, yo lo celebro. La huida de Luis, falta de vocación, viene a recordarme todo lo que tiene mi carrera de sacerdocio. (Transición.) Bueno, este es uno de los puntos de su programa cumplido ya. ¿Y del otro? ¿Qué sabes?

ANÍBAL.- Nada. Sin embargo, te confesaré que he puesto a Luis sobre la pista de su novia.

RAMÓN.- ¿Se han encontrado de nuevo, entonces?

ANÍBAL.- Supongo que sí.

RAMÓN.- ¿Y han llegado a un acuerdo?

ANÍBAL.- No será difícil. Ante el verdadero amor, hasta la sangre derramada se desvanece, como si fuese tinta simpática.

RAMÓN.- Sin pecar de indiscreto, Aníbal, ¿te puedo preguntar tu opinión sobre todo esto? Aun cuando ya la deduzco de lo que acabo de oírte.

ANÍBAL.- Entiéndeme, Ramón. Mi hermana y mi sobrino llenan mi vida. Yo sólo tengo palabras de igual gravedad que decir a cada uno de ellos. A Laura: perdona; a Luis, renuncia. La renuncia sería la desgracia de Luis. El perdón, podría traer para mi hermana, con el tiempo, un premio inesperado: la serenidad. Yo le empujaré siempre hacia él. ¿No lo apruebas?

RAMÓN.- El perdón, el perdón... (Se levanta.) ¡Demonio con el perdón! ¿Es que ellos, en nuestro caso, habrían perdonado? (Se encara con ANÍBAL.) Dime, Aníbal: si vieses entrar por esa puerta a Pedro Hernán Prat, ¿qué harías tú? ¿Le perdonarías?

ANÍBAL.- Hernán Prat está muerto.

RAMÓN.- Pero otros Hernán Prat gozan de buena salud.

ANÍBAL.- Hay ciertas personas incompatibles con mi piel de español del 36, cuya sola presencia me parecería un insulto. Confío en morir sin volvérmelas a echar a la cara. Pero sus herederos y los nuestros, querido Ramón, un día u otro se darán la mano.

ROSITA.- (Por la izquierda. A RAMÓN.) ¿Qué haces aquí? ¿No vas al Ministerio?

ANÍBAL.- Salimos juntos, Ramón, si te apetece.

RAMÓN.- ¿Cómo sigue Laura?

ROSITA.- Ha pasado la noche, según me ha dicho, muy intranquila. No sé si el exceso de drogas para dormir es contraproducente.

ANÍBAL.- Yo he querido suprimírselas; pero ella se opone.

ROSITA.- Le haría bien llorar.

ANÍBAL.- Si llorase no sería Laura.

ROSITA.- Aquí viene.

(En efecto, LAURA entra por la izquierda.)

LAURA.- ¡Ay, Ramón! cuánto os estoy incomodando, siempre con mis

nervios a vueltas... (Transición.) ¿Qué pasa? ¿Hay alguna noticia?

ANÍBAL.- No, ninguna.

LAURA.- ¿Qué te parece, Ramón? Una semana sin saber nada de Luis es atroz. Yo, que antes no vivía si se retrasaba por la noche...

RAMÓN.- Laura, tú siempre has sido una mujer de temple.

(Se sienta.)

LAURA.- Sí, mientras la ilusión de ayudar a mi hijo me encendía y me daba ánimos. Mientras su bienestar era mi recompensa. Ahora todo es distinto. ¿A quién le sirve el valor que tuve un día, el empuje para no dejarme vencer por tantos obstáculos? A nadie. ¿Crees, Ramón, que Luis será capaz de casarse? Yo confío que en el último momento haya algo que se lo impida, que él mismo vea que no tiene derecho a dar un paso así. Tú que le conoces, ¿no piensas como yo?

RAMÓN.- Sí, claro.

LAURA.- ¡Ay, tengo mucha culpa de lo que sucede! A nadie se puede educar con la falsilla de otro. Yo me he equivocado al creer que la vida de mi hijo repitiese la de mi marido.

ANÍBAL.- No tienes que lamentarlo. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Habrá habido madres y viudas tan buenas como tú, pero no mejores, y en cuanto a eso de que tu hijo siguiese el modelo de su padre, ¿qué otro mejor que imitar?

(ANÍBAL, se sienta.)

ROSITA.- Aquel hombre tan caballero, tan valeroso, tan simpático... No, eso no puede reprochársete, Laura, y si acaso, por mala suerte, las cosas no salieran bien, no sería tuya la culpa sino de tu hijo... o de la vida, que se divierte mucho gastándonos bromas pesadas.

LAURA.- Llevo muchos meses preparándome a verle marchar. Es la ley natural. Pero me resisto a que sea esa muchacha quien se lo lleve. Yo he querido que mantuviese viva siempre la memoria de lo que pasó. Que no olvidase nunca, que no olvidase... Y el que intente casarse con la hija de aquel desventurado, demuestra mi fracaso.

(ÁLVARO entra por la derecha. Se sorprende un poco. Todos de pie.)

ROSITA.- ¿De dónde vienes, Álvaro?

LAURA.- ¿Sabes algo de Luis? (Largo silencio.) Contéstame. Estoy segura de que sí. ¿Le has visto? ¿Has hablado con él? ¿Dónde está?

(Pausa.) No hace falta que me contestes: Luis se ha casado. ¿Es verdad o no?

ÁLVARO.- Sí.

(Pausa.)

LAURA.- ¿Tú has ido a su boda?

ÁLVARO.- Sí.

LAURA.- ¿Cuándo se ha casado? ¿Dónde?

ÁLVARO.- En la parroquia de Santiago, a las nueve.

RAMÓN.- ¿Te lo avisó él?

ÁLVARO.- Sí.

ROSITA.- ¿Por qué no nos lo dijiste?

ÁLVARO.- Porque me pidió que guardase el secreto.

LAURA.- Ya pasó todo lo que tenía que pasar...

RAMÓN.- Laura, no te dejes abatir, tú, que has conocido épocas tan duras. Piensa solamente: ¿por qué no ha de ser feliz?

LAURA.- Es que yo sé que no podrá serlo. Ahora... en los primeros meses, con el entusiasmo de su luna de miel, irán bien; pero con el tiempo, él verá, y ella... -porque ella es sensible- levantarse entre los dos una sombra que nada podrá borrar, que estará ahí, detrás de sus palabras, hasta de sus besos, llenándolo todo de sal.

ANÍBAL.- ¡Y quién sabe, Laura? La vida tiene mucha más fuerza de la que nosotros suponemos y la usa en direcciones imprevisibles. No está escrito en ninguna parte que estos muchachos hayan de ser desgraciados, y yo espero que Dios sea piadoso con ellos.

(LAURA se sienta junto a la mesa camilla.)

ROSITA.- ¿Qué quieres de nosotros, Laura? ¿Qué podemos hacer por ti? Me ilusionaría tanto serte útil...

LAURA.- Gracias, Rosita, no quiero nada, márchate. Me remuerde la conciencia el verte aquí, tú, que siempre estás tan ocupada.

ROSITA.- Voy llegando a la conclusión, a medida que envejezco, de que se hacen solas muchas cosas más de las que suponía. Es una buena elección para los que nos creemos indispensables. Bueno, subo ahora, pero bajaré en seguida.

RAMÓN.- Ánimo, Laura.

(Le aprieta las manos entre las suyas, efusivamente.)

LAURA.- Muchas gracias, Ramón, muchas gracias.

RAMÓN.- (Al borde del mutis, a ANÍBAL.) ¿Vienes?

ANÍBAL.- (Con el gesto tanto como con la palabra.) No, no... me quedo.

(ANÍBAL, RAMÓN y ROSITA se van por la derecha.)

LAURA.- (Coge casi mecánicamente la instancia.) Dime, Álvaro ¿como iba vestido Luis?

ÁLVARO.- Pues... con un traje gris oscuro.

LAURA.- ¡Ah! ¿No llevaba uniforme?

ÁLVARO.- (Un poco evasivo.) No...

LAURA.- ¿Qué corbata se puso?

ÁLVARO.- Una de rayas blancas...

LAURA.- ¿Le sentaba bien?

ÁLVARO.- (Sonríe.) Creo que sí...

LAURA.- Gracias.

(ÁLVARO, sin saber qué hacer, inicia el mutis por la derecha. LAURA ahora ve la instancia. Se lleva la mano a la boca y reprime un grito. Después, vencida, sume la cabeza en el pecho.)

ÁLVARO.- (Retrocede.) ¿Se encuentra mal, Laura?

LAURA.- No, hijo, no...

(En este momento, ANÍBAL, que había salido acompañando a RAMÓN, vuelve a entrar.)

ÁLVARO.- (En voz baja.) Están abajo. Me ha encargado que le pregunte si cree que deben subir. ¿Qué les contesto?

ANÍBAL.- Que suban, en, seguida; es lo mejor.

(Mutis de ÁLVARO.)

LAURA.- (Se acerca a ANÍBAL.) ¿Qué sucede?

ANÍBAL.- Nada, Laura, nada...

LAURA.- ¿Hay todavía algo que me ocultáis?

(Le tiende a ANÍBAL la instancia que dejaron olvidada.)

ANÍBAL.- Lo siento con todo mi corazón, Laura. He estado muy torpe, hubiese preferido decírtelo otro día.

LAURA.- ¿Qué más da?

ANÍBAL.- (La mira con un ademán aprobatorio, después le da una cariñosa palmada en la mejilla, como a una niña pequeña.) Laura, me gusta verte entera.

(LAURA sonríe con tristeza. ANÍBAL hace mutis por la derecha. «¿Y si acabase de una vez?» LAURA no dices eso, pero lo piensa, y el espectador deberá adivinarlo. Ahora contempla fijamente el retrato de su marido, que está junto a la puerta izquierda, y lo aprieta contra su pecho, como si le dijese adiós. Después, resueltamente, abre el balcón. La voz de LUIS se oye por la derecha.)

LUIS.- (Dentro.) ¡Mamá! (LAURA se detiene un instante al borde de una decisión suprema como hace muchos años, rescatada a la muerte, por la misma voz y la misma palabra. Entran LUIS y PRINCESA. LUIS viste, en efecto, de gris oscuro, conforme ÁLVARO dijo. PRINCESA un traje negro sastre con el que está más bonita aún que de soltera.)

LUIS y PRINCESA quedan cercanos al lateral derecho. LAURA no se mueve.) Mamá... tú que has hecho tantas cosas por mí en tantos años... ¿puedes hacer una más, aunque sea la más difícil de todas? ¿Puedes perdonarnos?

(ANÍBAL aparece en la derecha a tiempo de oír estas palabras.)

ANÍBAL.- Sí, Laura, debes perdonarles. ¿Qué puedes hacer mejor que eso?

(LUIS y PRINCESA avanzan tímidamente hacia ella. LUIS empuja a PRINCESA.)

PRINCESA.- (Mientras besa la mano de LAURA.) ¡Laura!

(LUIS se acerca a su vez y la besa en la cara. LAURA, inerte, acepta este doble homenaje, pero no lo retribuye. PRINCESA y LUIS se separan un poco de LAURA, camino de su mutis. No saben, de hecho, si han sido o no perdonados, pero una voz interior les aconseja no esperar nuevas palabras. Un instante, en el umbral, se vuelven hacia ella, pero LAURA sigue inmóvil, sonámbula, ajena a todo. Van a marcharse definitivamente cuando, de improviso, toda la aparente fortaleza de LAURA se desmorona, súbitamente en un sollozo dramático. LAURA se deja caer en el sillón, inconsolable, con un llanto amargo y patético. LUIS parece como si se dispusiese a consolarla. Un gesto de ANÍBAL le disuade de ello. Entonces los dos, lentamente, salen de escena.)

LAURA.- Me quiero morir...

ANÍBAL.- ¡Pobre hermana! Sería muy cómodo que la muerte estuviese a nuestras órdenes y viniese cuando la llamásemos. (ANÍBAL ve el retrato caído y el balcón abierto. Probablemente asocia ambas cosas e intuye algo de lo que ha pasado. Ambiguamente.) Por fortuna, esta no es su hora...

LAURA.- Me quiero morir, Aníbal, me quiero morir.

ANÍBAL.- ¿Y por qué? Aún tienes que ver muchas cosas.

LAURA.- Ya no.

ANÍBAL.- Sí, claro está que sí... Tienes que ver dichoso a Luis, y fuertes y sanos a tus nietos... ¿Por qué no, Laura? (Pausa, se sienta junto a ella.) Lloro, pobrecita, llora... Conviene a tus nervios. Y piensa que todo el dolor nuestro puede darse por bien empleado si contribuye algo, por poco que sea, a disminuir el de quienes nos siguen. ¿Te acuerdas de los primeros años, cuando te quedabas hasta tarde, ordenando los muebles, las ropas...? «Es porque quiero que mi hijo los vea siempre relucientes y limpios», decías. Se me ocurre que cada generación hace en grande lo mismo que tú en pequeño: ordenar la casa para que la generación nueva la encuentre reluciente y a punto. (Se levanta.) Y si se consigue, nada debe importarnos que pase el tiempo, el nuestro, hermana

querida, que ya se va acabando ni que llegue la muerte. Porque es triste quizá ver cómo la vida se va lo que más hemos amado; pero es consolador ver cómo se lleva también, nuestras pasiones, nuestros odios, nuestros rencores...

(ANÍBAL ha hablado de pie, mientras LAURA sigue llorando, acaso ya con más dulzura. Sobre sus últimas palabras lentamente el

TELÓN...)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario